

# REVISTA EUROPEA

NÚM. 301.

30 DE NOVIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.

## BASES CIENTÍFICAS

PARA LA EDUCACION FÍSICA, INTELECTUAL

Y SENTIMENTAL DE LOS NIÑOS.

### III

#### LOS ALBORES DE LA EXISTENCIA.

«Se habla mucho y se escribe mucho acerca de la educacion, dice Goethe (1), y conozco á muy pocos individuos capaces de comprender y aplicar la nocion simple, pero grande, que contiene todo el sistema.»

El gran poeta dice perfectamente; para llegar á establecer el sistema, conviene ántes examinar, sin prevenciones de ninguna especie, los principios en que ha de basarse.

Hé aquí lo que vamos á intentar en este momento.

Se trata de educar al niño, pero ántes necesitase conocer muy á fondo su organizacion delicada, descendiendo á los más rudimentarios detalles de la fisiología del desarrollo, tratando, en fin, la cuestion *ab ovo*, examinar ese gérmen desde el momento vago é indefinible en que el histólogo no puede decir si de aquella masa viviente surgirá un insignificante *anfioxus* ó un hombre de genio, hasta los primeros albores de la vida cerebral consciente, que revelan con elocuencia una misteriosa diferenciacion, un *fiat* maravilloso y desconocido.

Encierra una gran verdad el aforismo científico *natura non facit saltus*. Para comprender el complicado desarrollo embrionario del hombre, conviene descender á los microscópicos organismos y contemplar de cerca sus varias trasformaciones, pues sólo de este modo se sabrán las leyes generales de la evolucion, tan amplias en el macrocosmo como reducidas y condensadas en el microcosmo.

Así, por ejemplo, si nos limitamos al examen del desarrollo del cerebro en el hombre,

(1) «Wilhelm Meister, Años de aprendizaje.»—Lib. II, cap. IX.

veremos que en un embrion de seis semanas aquel importante órgano viene á estar formado por una serie de vesículas, de las cuales la más pequeña, anterior y doble, representará el cerebro, y la mayor, más posterior, el cerebelo. Antes de ésta, se encontrará la vesícula que ha de constituir los tubérculos cuadrigéminos, y precediéndola, hallaremos la vesícula correspondiente al tercer ventrículo, que conteniendo tambien los tálamos ópticos, estará cubierta más tarde, lo mismo que los tubérculos cuadrigéminos, por la expansion posterior de los hemisferios situados delante de ella.

¿Qué nos dicen el volúmen insignificante de éstos, comparados con las demas partes del cráneo, la ausencia de las circunvoluciones, la imperfeccion de las comisuras, y en general la sencillez en la estructura? Nos recuerdan el cerebro embrionario de un pez (*craniota pisciforme*, que dirian los embiólogos). Pero llega la duodécima semana, y ya los hemisferios han aumentado de volúmen, abombándose hacia la parte posterior sobre los tálamos ópticos y los tubérculos cuadrigéminos, época en que no hay todavía circunvoluciones, ni están bien determinadas las comisuras, y se nos ocurre inmediatamente compararle con el cerebro del ave, especialmente el pollo, con quien tiene entonces tanta semejanza.

Por último, más tarde, al cuarto y quinto mes, los lóbulos medios se desarrollan, los posteriores aparecen como empujados por los medios, extendiéndose poco á poco hacia atras hasta cubrir con creces el cerebelo, y entonces ya se adivina la presencia del *homo sapiens* en aquel cráneo elemental, propio de un sér antropeideo-inferior.

¡Qué diferencia entre tan imperfectos cerebros y la masa encefálica, abundosa en células grises y rica en circunvoluciones, esos surcos profundos donde labora la inteligencia y brotan los pensamientos, como en campo cultivable y feraz surge la rubia y granada espiga junto á brillante y olorosa flor!

Esta notable concordancia entre lo que se llama ontogénesis humana y la animal es utilísima, pues en virtud de ella, la moderna ciencia que se ocupa del desarrollo del hom-

bre, la *Antropogenia*, nos revela cuáles son las variadas fases por que pasa el sér humano desde el momento en que se verifica el fenómeno admirable, por lo mismo que es tan sencillo, de la fecundación, esa íntima fusión de la célula vibrátil macho con la célula amibiforme hembra, hasta aquel en que el embrión, ya convertido en feto, sale al exterior, en virtud del acto expulsivo llamado parto, cuyas leyes y fases importa conocer tanto.

No nos es posible seguir paso á paso las fases sucesivas que recorre el embrión hasta convertirse en un feto de forma y condiciones regulares, en armonía con las que sus antecesores le han legado.

Semejante exámen nos llevaría á terrenos candentes y nos obligaría á examinar trabajos modernos de gran valor (1). Verdad es que la embriogenia es relativamente de creación reciente, pues sólo en el siglo pasado, y en manos del notable fisiólogo Gaspar Federico Wolf, cobró carácter científico. Ya en las obras atribuidas á Hipócrates, hallamos un libro científico sobre la *Naturaleza del niño*, en el cual se consignan observaciones diarias sobre el desarrollo del pollo, y en las obras de Aristóteles hay nociones bastante exactas sobre el de los pájaros y peces.

Es preciso llegar al renacimiento de los estudios biológicos para encontrar á Fabricio de Aquapendente, maestro de Harvey, haciendo estudios embriológicos (2), ahogados desgraciadamente por la errónea doctrina de la preexistencia de los gérmenes.

Sin embargo, no debemos pecar de ingratos, dejando sin mención hombres como Swammerdam, que con sus investigaciones microscópicas y sus experimentos ante Magalotti, Thevenot y el gran duque de Toscana, levanta en 1668 una punta del misterioso velo que cubría las metamorfosis de los insectos (3).

Tampoco debe olvidarse al célebre Harvey, que en sus vivisecciones halló en la cavidad interna de las ciervas el embrión cubierto de membrana, lo cual le indicó que el animal vivíparo procede de un huevo como el ovíparo.

Sus ideas sufrieron apesar de todo modi-

ficaciones trascendentales después de los estudios del danés Stenson, conocido en nuestros días por Stenon, á quien sus experimentos en escualos, verificados en 1667 en Florencia, demostraron que el huevo es anterior á la fecundación; y por más que esas vesículas, que injustamente se llaman de Graaf, siendo Stenon quien las descubrió, no eran los huevos, como lo demostró Baer en 1827, á éstos y otros trabajos de Van Horne, Kercring, Malpigio, etc., debemos los primeros pasos en esta importante ciencia que tantas maravillas nos revela.

A ellos se debe que descendieran los hombres de ciencia, desde las más altas regiones metafísicas y teológicas, hasta el terreno propio y exclusivamente fisiológico.

Sólo con hechos ha sido posible darse cuenta de la razón de ser de las *anomalías* y *monstruosidades*.

La anomalía, es decir, la desviación de un tipo específico, y la monstruosidad, ese conjunto de anomalías muy complejas, muy graves, que hacen que sea imposible ó difícil el cumplimiento de ciertas funciones, y que producen en los individuos que se hallan afectados de ella una viciosa conformación muy diferente de la que presenta ordinariamente su especie (1).

En la filosofía antigua, en las obras de Aristóteles y Cicerón (2), se combaten las supersticiones que reinaban en su tiempo acerca de los monstruos, los cuales, decía el elocuente orador, «no debían considerarse como prodigios».

Idénticos razonamientos encontramos en obras de la edad moderna, en donde se ven las antiguas ideas comentadas, expresándose Montaigne (3) y Fontenelle (4) en idéntico sentido.

Actualmente, no tan sólo no se consideran estas cosas como sobrenaturales, sino que desde la creación de la embriogenia animal por Wolff, la teratogenia, ó sea la embriogenia de los seres anormales, se ha constituido á semejanza de éstas en el estudio directo de los sucesivos cambios que la evolución determina en el organismo.

Una nueva fase adquirió este exámen, al

(1) E. Hæckel, «Antropogenie ou histoire du développement de l'homme».—Paris, 1877.

(2) Fabricius, «De formatione ovi pennatorum».—1638.

(3) Swammerdam, «Naturbibel».

(1) Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire. «Traité de Teratologie».—T. I, pág. 33.

(2) Cicerón, «De divinatione».—Lib. II, cap. XXII.

(3) Montaigne, «Essais».—Lib. II, cap. XXX.

(4) Fontenelle, «Histoire de l'Académie des sciences».—1703, pág. 28.

pensar un hombre de la inteligencia de Estéban Geoffroy Saint-Hilaire en el estudio de la producción de los monstruos, fundando la *teratogenia experimental*, como se ha visto en los manuscritos inéditos que ha dejado, donde detalla las investigaciones que hizo en Egipto, durante la expedición del ejército francés invasor mandado por Napoleón.

Posteriormente á este insigne naturalista, algunos filósofos, como Prevost y Dumas, Allen Thomson y otros, intentaron repetir los experimentos indicados, recayendo la gloria de haber emprendido unos valiosos estudios al Dr. Camilo Dareste, profesor de la Facultad de Ciencias de Lille, el cual, en una magnífica obra (1), no há mucho publicada, refiere el resultado de sus trabajos, que demuestran la posibilidad de modificar por causas físicas exteriores la evolución de un germen fecundado.

Fácilmente se concibe el interés que esto tiene, no sólo en teratogenia, sino en biología.

Por este medio se ve que las anomalías no hacen más que desflorar ciertos órganos aislados, en tanto que las monstruosidades afectan profunda y simultáneamente muchos órganos, considerándose ambas como desviaciones del tipo específico. Ahora bien, siendo algunas variedades compatibles con las funciones generadoras, la formación de las razas parece como que tiene una explicación, así como la herencia de todas esas modificaciones más ó menos intensas que hallamos en un nuevo ser.

Asimismo, la individualidad nace de la combinación desigual de las diferentes tendencias hereditarias procedentes de los antecesores del niño, cuyo influencia obra, ó por lo ménos puede obrar sobre el germen, doblándose á cada generación, y habiéndose dicho que es igual á la suma de los términos de la progresión geométrica formada por la serie de potencias de 2. Las leyes que rigen esta combinación son completamente desconocidas, y deben sin duda alguna dar diferentes resultados, según cuales sean las diversas condiciones en que se presente.

Las mismas individualidades de los padres influyen en la que ha de tener el nuevo ser, pues según sea la potencia trasmisora de uno de éstos sobre el otro, así predominará también la respectiva herencia en dicha

(1) C. Dareste, «Recherches sur la production artificielle des monstruosités, ou essais de Teratogenie experimentale». — Paris, 1877.

formación. Estas diferencias, apenas perceptibles, se notan hasta en la casi identidad de los gemelos.

El medio influye de un modo directo en las variaciones mencionadas.

Si tuviéramos tiempo, referiríamos algunas curiosísimas observaciones de Dareste, que nos inclinarían cada vez más á meditar sobre la inmensa importancia de las condiciones que rodean á la mujer en el período de la gestación, época en que lleva un germen en su seno, el cual ha de estar rodeado de favorables circunstancias para que desarrolle con la normalidad apetecida.

Con efecto, la creación sucesiva de los órganos ha de verificarse por una ordenada diferenciación de la sustancia *epigénesis*, diría Harvey, homogénea que constituye la masa embrionaria; por lo tanto, una detención del desarrollo producirá una anomalía, como el labio leporino, por ejemplo, detención que influirá á veces, no sólo en el embrión mismo, sino en sus anejos.

De esta suerte, sin dificultades teóricas de ninguna especie, se explican fenómenos como la acefalia, espina bífida, etc., así como se advierte la influencia de las detenciones en el desarrollo de anejos, como el amnios, cuya compresión determina efectos variadísimos en los órganos cercanos.

Siguiendo esta senda de investigación, hallanse las irregulares soldaduras de partes que normalmente deben hallarse separadas, como la del occipucio y el sacro de un feto humano que se conserva en el museo Dupuytren (1). En tales casos hay modificaciones de la estructura.

Esto, y la unión de partes similares que se producen en el primer período de la vida embrionaria, constituyen los dos hechos principales de teratología, de los cuales se deducen todos los demás.

No entramos de intento en la clasificación teratológica de los monstruos, donde trataríamos ántes de todo del interesante problema del *hermafroditismo*, lo cual á nada nos conduciría.

Bástanos con lo expuesto para comprender que esta ciencia se halla tan en embrión como el objeto de su estudio. De ella se han de recoger opimos frutos para nuestro propósito, toda vez que los primeros preceptos que se dan á la mujer á fin de que el ser que lleva

(1) Loc. cit., p. 159. V. Houel, «Catálogo (ilustrado) du Musée Dupuytren» (en publicación).

en sus entrañas no sufra contingencias de ninguna especie son en su mayor parte empíricos, siendo así que deben apoyarse en bases verdaderamente científicas.

Por lo pronto, tenemos que agradecer á dicha ciencia un inmenso favor: el haber destruido de raíz esas absurdas preocupaciones que hacían de la infeliz monstruosidad, no un objeto de repulsion, movimiento natural hacia todo lo que se aparta tanto de lo comun y ordinario, sino víctimas inocentes de seres que, como la madre y el producto de la concepcion, eran sacrificados inhumanamente.

Un gran poeta ha descrito con admirable verdad estas tendencias y estas supersticiones en una obra donde, con la sublime compasion del genio, ha sabido hacer bello un monstruo. (1).

Dice Joulin que la higiene del embarazo no puede formularse de un modo absoluto. Apesar de todo, hay que seguir indicaciones preciosas durante este período, siendo una de las más fundamentales la tranquilidad física y moral de la embarazada, lo cual se explica por la tendencia al reposo de la naturaleza cuando se trata de crear.

Espacio, tiempo y reposo exige una cristalización; idénticas condiciones son indispensables para el desarrollo de un niño, por cuya causa nunca se recomendará bastante el evitar los ejercicios violentos, las emociones muy intensas, las relaciones sexuales exageradas, y los trajes amplios y bien acondicionados, todo lo que, unido á un régimen fortificante, á una vida activa y tranquila á la par, contribuirá al fin propuesto.

Varios trastornos, cuya enumeracion no nos corresponde, se presentan en este período, y algunas absurdos remedios se siguen poniendo en práctica por tradicion absurda.

No debemos ocuparnos de esta cuestion, que corresponde al terreno de la medicina; pero de todos modos, no se debe olvidar que con la debilidad de las madres empieza la del hombre, tanto en lo físico como en lo intelectual.

Los detalles de la alimentacion nutritiva y privada de excitantes y alcohólicos son de importancia en el embarazo. Raras son las mujeres que no presentan rebeldes inapetencias, la mayoría de larga fecha y debidas al ridículo deseo de no ser víctimas de una anti-poética obesidad y á aberraciones del gusto más ó menos verdaderas, llamadas por el

vulgo *antojos*, en cuya presentacion influye no poco, en nuestro humilde sentir, la imitacion, así como tambien la falta de sentido comun.

Esto nos conduce á pensar qué es lo que hay de cierto en el influjo de la imaginacion de la madre sobre el feto, acerca de lo cual se ha escrito mucho, quizá demasiado, sin más base sólida que copiar y referir anécdotas de mayor ó menor verosimilitud y veracidad.

No incurriremos en esta grave falta limitándonos á recordar que se sabe muy poco de teratogenia, como hemos visto; pero aun así está comprobado que el menor y más insignificante entorpecimiento puede ser causa de anomalía y hasta de monstruosidad.

Los antojos] son perversiones nerviosas relacionadas probablemente con estados de histerismo, y al presentarse en los tres primeros meses, entran en ese período llamado *nervioso* por algunos autores, que constituye, con el *sanguíneo* y el de *compresion*, los tres en que se ha dividido la preñez.

Estudiar los medios de combatir estos trastornos sería involucrar un vasto terreno cultivado por la ginecología.

En cambio ha sido muy conveniente una pequeña excursion por la embriogenia, pues error grave es creer que sólo nos debemos de ocupar del niño hasta su salida al exterior despues de un período de nueve meses. Entónces es cuando empieza de una manera directa su educacion física é intelectual, cuyos principios se han de apoyar en las bases que la fisiología y psicología nos proporcionen.

Una indicacion para terminar, y entre paréntesis, á fin de que solamente llegue con todo sigilo hasta la madre joven que cree indispensable para serlo entregarse á rienda suelta á los caprichos de una imaginacion excitable, poniendo en graves compromisos á cuantos la rodean, tan ignorantes como ella. «El alimentarse con sustancias poco ó nada digeribles la conducirá fatalmente á enfermar del estómago, y por lo tanto á sufrir mucho, teniendo el disgusto de no poder criar su pobre niño, si lo cria, convenientemente. No olvide, pues, la delicada ex-señorita (que ha tenido á bien darse por aludida) que ni la hija humildísima de su planchadora, ni la mujer del que diariamente la pasea en carretela por el Retiro, cuentan con tiempo, nervios y dinero suficientes para tener antojos».

Dispensen mis lectores la detencion, y vamos á ver al niño recién nacido.

(1) Víctor Hugo, «Nuestra Señora de Paris», libro IV, capítulo I. «Las buenas almas».

## IV

## EL NIÑO EN LA CUNA

Acaba de nacer un niño perfectamente desarrollado, y aun cuando sea su estado normal, el cambio brusco de medio ambiente, que se revela por un descenso de temperatura del cuerpo, exige cuidados especiales muy diversos de aquellos inherentes á faltas de desarrollo en los órganos.

Estos, por su parte, ó experimentan variaciones radicales en su funcionalidad, ó empiezan á ejercer sus actos á beneficio de excitaciones varias y movimientos instintivos, en extremo curiosos.

Así, por ejemplo, no sólo el aire provoca los movimientos respiratorios, acompañados de una no interrumpida serie de sonoros vagidos, sino que sus labios buscarán ávidamente el pezon por donde ha de recibir aquel organismo la blanca savia de la vida extrauterina.

Es el período que inspira al filósofo ginebrino (1) las palabras siguientes: «¿Hay en el mundo un sér más débil, más miserable y más á la merced de todo lo que le rodea, y que necesite más piedad, que un niño?»

En efecto, es un período corto, pero lleno de accidentes, durante el cual se verifican importantes modificaciones en la hematosificación y digestion, emancipándose por completo el nuevo sér de la madre.

Es la época en que se necesita más vitalidad para resistir al conjunto de causas que ponen sus dias en inminente peligro. Entónces aparecerán las predisposiciones diversas para variados padecimientos, sin contar las enfermedades congénitas con que puede presentarse al mundo, y los accidentes que pueden sobrevenir en el momento del parto, constituyendo muertes aparentes, hemorragias, fracturas, luxaciones, etc.

Se ha llamado época de transición, pudiendo en ella haber enfermedades varias, dependientes de la imperfección y debilidad de los órganos del niño ó de otras causas. La atelectasia, hemorragias, peritonitis, enteritis, esclerodermia, gangrena de las extremidades, oftalmías, etc., pertenecen á la paidopatía, y no corresponden á este lugar.

Los primeros cuidados deben dirigirse principalmente á evitar la mayor parte de

esos y otros trastornos patológicos (1).

Ya pasó, afortunadamente para no volver, el tiempo ominoso en que se daban formas diversas al cráneo de los recién-nacidos, pretextando que se corregía su mala conformación; así como se empaquetaba á éstos, sin permitirles el menor movimiento, á fin, decía, de que se acostumbraran á ejercitar sus fuerzas desde pequeños. Los pañales no deben impedir en manera alguna los movimientos, pudiendo dilatarse el pecho del niño con facilidad, y encoger y extender éste á su gusto las piernas.

Rebatir semejantes errores sería ofender la ilustración de los lectores; en la actualidad se trata, ante todo, de no ejercer perniciosas compresiones sobre ningún órgano, así como hacer agradable la permanencia del niño en la cuna durante el sueño, evitando todo motivo de emanaciones miasmáticas, y rodeando las habitaciones de aquél de cuantos medios recomienda la higiene.

Sin detenernos en enumerar detalles, diremos, sin embargo, que la temperatura de la habitación no deberá exceder de la normal, que los vestidos no han de oprimir, y tan sólo preservar de los cambios bruscos que puedan sobrevenir en la alcoba, y la cuna ha de ser objeto de una minuciosa limpieza, así como las partes del cuerpo del niño que por las secreciones y excreciones se ensucian fácilmente.

La limpieza del niño es una inmensa garantía para su salud.

La cabeza, sobre todo, debe ser objeto de un especial cuidado, no sólo lavándola como las restantes partes del cuerpo, sino frotándola suavemente de vez en cuando con un cepillo suave, á fin de quitar esas asquerosas costras que muchas gentes consideran necesarias.

(1) Opinan prácticos, como Tarnier y Budin, que no debe practicarse la ligadura y seccion del cordón umbilical inmediatamente despues del nacimiento, pues se impide que el niño recoja unos 92 gramos de sangre que le pertenecen, los cuales equivalen en el adulto á una sangría de 1.700. Parécenos, pues, oportuna la conclusion admitida por Pinard, de no ligar y cortar el cordón sino en el momento en que la vena umbilical esté completamente aplastada y sin sangre.

Las observaciones de este práctico indican que este método da muy buenos resultados, contrastando el estado general de los niños con quienes se tiene esta precaucion, con los demas. Su color sonrosado intenso, la resistencia vital mayor, y el crecimiento más rápido, son caracteres distintivos.

(1) J. J. Rousseau. El «Emilio ó la educacion».

No es oportuno cubrirla de un modo excesivo.

Sin prescribir los útiles baños fríos á que sujetan los habitantes del Norte de Europa á sus hijos, no cesaremos de recomendar la más escrupulosa policía del cuerpo de los niños, á despecho de otras preocupaciones ridículas, siendo utilísimo un baño frecuente.

No hay que olvidar que los órganos en esta edad son débiles é imperfectos, y que tanto mayor es la rapidez con que se verifican las funciones, cuanto más joven el sér. De la rapidez se deduce lo incompleto é irregular de las mismas, así como la preponderancia voluntaria del síntoma nervioso que ha de presidir el desarrollo de órganos, y subvenir á las necesidades de la vida sensorial.

La dependencia recíproca de las funciones implica asimismo una unidad vital perfectamente caracterizada, verificándose entonces un admirable trabajo de composición y crecimiento que imprime en la infancia un sello especialísimo, pues aunque éste sea incesante, no es siempre regular, efectuándose en cierto modo como á sacudidas.

Además, no tiene lugar de una manera simultánea é igual en todos los órganos, pues ha de verificarse en un espacio de tiempo relativamente corto, y relacionado con la edad del niño.

La organización misma de éste ha de ser quien indique la necesidad de que se cambie la alimentación láctea por la mixta, cambio que coincidirá con la aparición de los dientes, que son las avanzadas del aparato digestivo.

Dura la época de la dentición de diez y ocho meses á dos años. Se ha dicho que provoca accidentes patológicos en los niños; esto es un error muy grave; en este período abundan los accidentes morbosos, porque la actividad del trabajo sume al niño en una especie de susceptibilidad enfermiza, presentándose con facilidad muchas enfermedades, relacionadas, en su mayoría, con el aparato digestivo, como son: la estomatitis ó inflamación de la boca, diarrea, enteritis ó catarros intestinales, invaginaciones, etc., lo cual indica que hay que vigilar la alimentación que se da al niño, pues la mayor parte de las veces es la causa determinante de graves trastornos. Es necesario tener una gran prudencia en la elección de las primeras sustancias alimenticias que se introducen en el débil estómago del niño. La inmensa mayoría de las madres se hacen inocentemente cómplices

de la producción de estos trastornos, fáciles de remediar á tiempo.

Hemos dicho que hay un predominio grande del sistema nervioso; es decir, una gran impresionabilidad, en virtud de la cual reacciona éste sobre varios órganos, en cuanto uno de ellos cae en estado patológico.

De este modo nos explicamos que los afectos convulsivos ó simpáticos compliquen mucho el cuadro patológico de este período, bajo la forma de meningitis, eclampsia, etc. Los catarros, laríngeos y traqueales, broncopneumonía, sin contar el raquitismo, y algunos casos de tuberculización, son bastante frecuentes. Sobre todo esto hemos de insistir más tarde.

En una palabra, tales cuales sean las condiciones orgánicas del niño, así han de ser los cuidados que se le prodigan, no olvidando nunca los antecedentes fisiológicos que dejamos apuntados.

Durante el segundo período de transición se presentan enfermedades, como la estomatitis, úlcera, angina, laringitis espasmódica, croup, lombrices, tuberculización y fiebres eruptivas. Para prever la aparición de la viruela, la más terrible de todas, está muy extendida la vacunación, que, á despecho de Verdet de l'Isle, Angelot, Canot, y otros detractores de la vacuna, es de una importancia y utilidad incontestables.

Sin entrar en discutir las ventajas de la vacuna animal y de la humanizada, citaremos con elogio los Institutos médicos de vacunación fundados en diferentes épocas y diversos puntos de España, especialmente el del doctor Letamendi, en Barcelona, así como la propaganda del Sr. D. Jerónimo Roure, en Vitoria y Alava, y el *Centro general*, que á la iniciativa de un eminente periodista se debe (1), el cual se estableció en Madrid con arreglo á los principios de M. Lanoix, posterior en sus investigaciones á Roure, que utilizó la ternera para la vacunación.

Existe una perturbación gravísima que, antes de terminar este párrafo, es preciso denunciar, á fin de poner el correctivo conveniente.

Nos referimos á las lesiones observadas por el eminente práctico doctor Parrot en los cráneos de niños de corta edad.

Con efecto, la permanencia prolongada de

(1) Véase «Mendez Alvaro», discurso acerca de la preservación de las viruelas, leído en la Real Academia de Medicina, en 1871, y Memorias sobre él.

los pequeñuelos en la cuna, ocasiona, por el solo hecho de la gravitacion, compresiones en determinados sitios de su cerebro tierno y delicado, lo cual, como se concibe fácilmente, es de inmensa importancia bajo el punto de vista intelectual.

Añádase á esto la influencia hereditaria, que da mayor carácter de trascendente gravedad, sobre todo en los hijos de los que padecen ó han padecido aquella terrible y contagiosa enfermedad, cantada por Fracastor (que no quisimos llamar por su nombre de guerra cuando hablábamos del matrimonio, y con mayor motivo ahora tampoco la nombraremos junto á una cuna, donde debe ser todo pureza), y se comprenderá hasta qué punto pueden complicarse aquellas lesiones, no sólo difíciles de conocer, sino difíciles de curar.

Se trata casi siempre de verdaderas perforaciones de las paredes del cráneo, y por fortuna, la naturaleza, en su trabajo de incesante construcción, reconstituye estas pérdidas de sustancia.

El medio preventivo de más eficacia consiste, como es natural, en mantener el niño en la posición vertical siempre que sea posible, evitando colocarle en la misma postura en la cuna, donde debe acostumbrarse á dormir.

No hay cosa peor para el descanso que los regazos de torpes niñeras, á las cuales se prohibirá ejercer ese tremendo cunear, que acrecienta las molestias que siente el niño, ó que le trastorna sin provocar un sueño tranquilo, como la dulce cantinela materna, ocasionando en cambio un espantoso mareo precursor de trastornos de más cuantía.

Lo propio diremos de la colocacion de la cuna en la alcoba, colocacion que debe obedecer á las indicaciones más estrictas de la higiene.

En primer lugar, no admitimos, en manera alguna, que el niño permanezca en la misma cama de la nodriza, y ménos en la de los padres, costumbre perjudicial é impropio. Si esto es cómodo para los adultos, que nos parece que no lo debe ser, para el niño es altamente nocivo.

Además, circunscribiéndonos á la cuna, ésta es preferible que sea de hierro, sencilla y fácil de limpiar, que de maderas primorosas ó sustancias que la moda hace de lujo, las cuales, como todos los opulentos, viven sin rubor en compañía de enojosos parásitos, lo cual será permitido á los grandes, pero perjudica á los pequeños.

En el histórico castillo de Pau se conserva la cuna de Enrique IV, aquel rey bearnes tan popular en Francia, y está formada por una concha de tortuga, próximamente del tamaño de las que sirvieron de coselete á Sancho Panza (1). Al verla no pudimos por ménos de aplaudir al que tuvo la idea de aplicar este producto natural al descanso del que habia de ser, más tarde, incansable batallador.

¡Lástima que los demas niños no tengan ocasion de esperar la adolescencia con cuidados tan prolijos y fortificantes como los que dió Susana de Borbon al hijo de Juana de Albret, y sobre todo no eludan los perniciosos mimos, entregándose tan sólo á crecer y vegetar, metidos en sus conchas respectivas!

Los estrabismos, tan frecuentes en los niños, dependen muchas veces de la mala colocacion de la cuna respecto de la luz, así como tambien de las colgaduras que pretenden adornar el lecho de la inocencia, el cual sólo admite dos adornos, la limpieza y la sencillez.

Compréndese fácilmente el estrabismo al pensar que el niño puede apenas mover la cabeza, envuelto como se halla con fajas opresoras, y que la luz es un excitante fisiológico, el cual busca con avidez todo lo que vive, desde la planta débil é insignificante hasta el infeliz que gime en una mazmorra privado de libertad.

Aire, luz, besos y armonías han de rodear esos nidos de la infancia llamados cunas, pues como ha dicho (2) un inspirado poeta,

«Ellas las razas perpetúan; ellas  
son la posteridad, lazo perene,  
que por leyes de amor justas y bellas  
une al mundo que fué con el que viene.»

MANUEL TOLOSA LATOUR.

(Continuará.)

(1) Mide dicha concha 1<sup>m</sup>70 de longitud por 0,83 de ancho.

(2) VENTURA RUIZ AGUILERA. «Las cunas».

## VI AJES

DE

## EXTRANJEROS POR ESPAÑA Y PORTUGAL

EN LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII

(Continuacion.)

Año 1584.

El primero de Enero salieron de Xerez las banderas de Arzt y de Priam, capitan, á Medina Sidonia, cinco millas distante.

El 3 y 4 de Enero tomó la bandera de aquí su alojamiento definitivo.

El 6 de Febrero, Hans de Loeben y yo nos fuimos á Medina Sidonia, y allí quedamos hasta el 11 del mismo mes.

Medina Sidonia es una gran villa, situada en una alta montaña, de donde en dias claros se puede ver hasta el Africa; es propiedad del duque del mismo nombre, y pertenece á la jurisdiccion de la diócesis de Cadis. En el portal de su catedral, y enfrente del altar mayor, hay dos columnas cerca de la torre con dos antiguas piedras: en una de ellas se encuentra la siguiente inscripcion grabada:

«L. Fabio L. F. Gal.  
Capitoni  
Amico Optumo  
L. Aelius  
Roscianus.»

La parte opuesta tiene:

«M. Antonio Mi  
gai Syriaco U. V. R.  
Mun. Aug. Gad.  
D. D.»

El 11 de Febrero volví á Xerez.

El 13 del mismo el cuerpo de guardia se marchó con la bandera.

El 24 de Marzo el conde Nicolas volvió de Madrid.

El 5 de Abril hicimos ejercicios militares cerca de la iglesia de San Francisco, dando aviso anteriormente á los soldados de la declaracion del Rey, sobre el valor de los florines, que hasta la revista se nos pagará por cada florin ocho medios reales con un cuartillo; pero despues no se pagarán más por un florin que ocho medios reales con dos maravedís.

El 18 de Mayo nuestro regimiento se marchó de Xerez á Porto Santa María, y acampó allí cerca del monasterio de Nuestra Señora de la Victoria.

El 21 de Mayo nos llevaron las galeras á las naves, que estaban estacionadas en el puerto de Cadis. Nuestra bandera, el conde Nicolas con su alférez, y ciento veinte soldados, y nuestro capitan general Argera, se embarcaron en una nave, llamada *Vicenzo de Pola*, que servia ántes de Capitana, y procedia de Ragusa; la bandera del señor coronel, y algunos soldados de la bandera del capitan Priam, tomaron la *Juliana*, nave catalana; el señor Carlos de Arzt se colocó en la nave *Giovan di Sagra*; los tenientes del conde Nicolas y de Priam, con el resto de la tropa, ocuparon una nave, *Mesinesa* llamada, y Antonio de Lodron, capitan, se puso en la nave N.

El 29 de Mayo, muy temprano, las galeras sacaron del puerto nuestras cinco naves, que por causa del viento contrario, flojo é inconstante, daban vueltas cerca de Cadis.

El 1.º de Junio, temprano, desplegamus nuestras velas, y con buen viento en popa, pasamos por el Estrecho de Gibraltar (en latin *Fretum Herculeum* ó *Atlanticum*, tambien *Gaditanum* llamado), dejando á nuestra derecha de la entrada al Estrecho la ciudad de Tánger, en Berbería, que pertenece al reino de Portugal, y Tarifa, una ciudad de España, á la izquierda, casi enfrente del Estrecho, donde está más reducido. Además, dejamos á nuestra derecha en Berbería la ciudad de Alcacer, luégo una montaña, llamada por los italianos Monte Simio, por los españoles Sierra de Monas, y en latin Abila; ésta es la columna de Hércules, y no muy léjos de allí, tambien á la derecha, se muestra una ciudad fortificada, llamada Scotta, en Berbería, que pertenece al Portugal. Enfrente, á la izquierda, y en otro ángulo de la parte española del Estrecho, está la ciudad de Gibraltar, situada al pié de la montaña Calpe, que es la segunda columna de Hércules. De paso por el Estrecho, apercibimos ocho galeras nuestras, y dos carabelas detras, que se dirigian á Scotta, para proveer de provisiones aquel fuerte. Por la noche pasamos á la vista de Málaga.

El 2 de Junio vimos detras de nosotros una de las galeazas en que se embarcaron los italianos unos dias ántes, y quedaron en el puerto de Gibraltar por causa del temporal, y una nave veneciana, que se apartó de nosotros á la tarde, tomando su direccion hacia tierra; por la noche pasamos á la vista de Almería y del cabo de Gata.

El 3 de Junio, penetrando de noche dema-

siado léjos en la mar, no vimos más tierra.

El 4 de Junio el viento se puso flojo; sin embargo, íbamos siguiendo adelante.

El 5 de Junio apercibimos las islas de Iviça y Mallorca.

El 6 del mismo atravesamos entre Mallorca, situada á la izquierda, y Cabrera, una pequeña isla desierta, á nuestra derecha; á mediodía dábamos vueltas por falta de viento, cerca de Mallorca, y á cosa de las tres pasó delante de nosotros una carabela de Génova, dando aviso de veinticuatro galeras turcas de Alger que debian estar en la mar.

El 7 de Junio muy temprano pasamos á la vista de Menorca, que dejamos á la izquierda, y como la *Juliana* se fué por parte opuesta de la isla, y no podíamos verla más, creimos que alguna avería habia sufrido, y por eso habia tomado tierra; sin embargo, por la tarde, al quitar la isla, la encontramos otra vez.

Al anochecer, justamente al ponerse el sol, estando ya á cuatro leguas de la isla, se levantó de repente una gran borrasca con viento tramontano que nos obligó á plegar todas las velas, y pasar la noche bajo la tempestad, expuestos á todo su capricho.

El 8 de Junio, la nave *Mecinesa*, que sufrió averías durante la tempestad, y se llenaba de agua, disparó un tiro de cañon de alarma, avisando á la Capitana de su peligro, y se fué á la isla; por este motivo la Capitana y las demas naves volvieron tambien á la isla y entraron en el puerto de Menorca, cerca de Mahon, y allí dieron fondo.

El 9 del mismo mes me fui á tierra, y pasé algunos dias en el castillo de San Felipe, y en la ciudad de Mahon.

El 11 y 12 de Junio, Hans de Loeben, silesiano, de la bandera del capitan Arzt, falleció, y le enterraron en la iglesia del castillo de San Felipe.

La isla Menorca no es muy extensa, pero muy fértil, y bien cultivada; tiene tres principales villas, entre ellas la capital es Ciudadella, en que reside el gobernador. La segunda villa, bastante bonita y grande, se llama Mahon: no está mal guardada de un ataque; tiene un hermoso puerto, que llaman Porto Mahon, y que penetra una milla dentro de la tierra. A la entrada de este puerto, por la izquierda, mandó el Rey de España edificar un sólido castillo, llamado San Felipe, para asegurar la isla de alguna invasion de los turcos y moros. A distancia de una media milla de este castillo, está situada la ciudad

de Mahon. La tercera villa se llama Laior.

Esta misma isla tiene una iglesia de Nuestra Señora del Toro, edificada en una alta montaña, adonde acuden numerosos devotos. Una tradicion dice de este lugar que un buey, al llegar á su pasto en la referida montaña, encontró una imágen de la Santísima Virgen enmedio del prado, y cayó delante de rodillas; en este estado le halló el pastor, y empeñandose en llevárselo, apercibió tambien la imágen; comprendió al instante el asunto, y desde luégo dió noticia á las autoridades, las cuales, en memoria del milagro, mandaron edificar la iglesia en la montaña, en que hasta hoy dia se operan milagros todos los dias.

El 14 de Junio por la mañana volvimos á dejar el puerto, y con medio viento nos fuimos á Italia, y junto con nosotros dos grandes naves y una carabela, que encontramos fuera de la isla.

#### IV

#### JACOBO SOBIESKI

Viaje desde el mes de Marzo, hasta Julio de 1611.

(Traduccion del polaco, de principios del siglo xvii.)

Los antiguos magnates de la República de Polonia tenian costumbre de viajar mucho. Una de las condiciones de buena educacion les imponia la obligacion de viajar por el extranjero para completarla. Despues de haber enriquecido sus conocimientos, volvian á la patria, para dedicarse únicamente á su servicio. Las lenguas europeas les fueron muy familiares; ademas de su idioma materno, el latin, aleman, frances, italiano, y entre muchos el inglés y español, hablaban con mucha facilidad. Con tan importante auxilio, se comprende que entre las naciones extrañas á su origen, adquirian sin dificultad las noticias internacionales y todo lo que les convenia. El primer punto y principal centro de sus excursiones era siempre la Francia con su Paris, que empezó á tomar su importancia en Polonia, en los tiempos de Enrique de Valois. Jacobo Sobieski, padre del rey Juan III, rindió tambien culto á las costumbres de su época. En cuanto á su clase de nacimiento, pertenece á las eminencias y notabilidades entre los suyos, á principios del

siglo xvii; como patriota, senador, soldado, esposo y padre, figura siempre entre los primeros, y como orador y literato no cede su más alta elevación á nadie. Versado en varios idiomas, emprende su viaje en el año de 1607 á Francia, para completar allí su educación; hace excursiones á varias provincias francesas, visita la Inglaterra y su corte, pasa luego á España y Portugal, y antes de volver á su patria, en el año de 1613, atraviesa la Italia. Después ya no le vemos salir de su tierra, su elemento natural, haciendo heroicos esfuerzos, tanto en el campo de batalla como en las Dietas, Senado y tratados diplomáticos con Suecia, objeto de sus preferentes cuidados. Su patriotismo, inteligencia, probidad y sacrificios le llevaron al sillón de senador, puesto que en Polonia se conseguía después de notabilísimos servicios prestados á la República, y terminó su carrera con la muerte en calidad de castellano de Cracovia, de muy avanzada edad, en el año de 1646.

De esta rápida descripción biográfica resulta que un varón tan poderoso, ilustrado y activo como Jacobo Sobieski dejó no pocos apuntes dignos de la posteridad y atención de los historiadores; mas, por desgracia, perecieron muchos para siempre. Sus viajes en el extranjero, desde el año 1607 hasta 1613, los conservó en su Diario, por separado, con el título de: «Esta peregrinación, dice el mismo, anoté rápidamente y en breves palabras, tanto en francés como en español, y luego en veinte y nueve años después de mi vuelta al país, fijé mi residencia en Zolkiew, en el año de 1642, donde, acordándome de los acontecimientos pasados, hice la descripción, en lengua polaca, de mis viajes por varios países cristianos, y con más detalles y extensión.

La descripción autógrafa y en polaco que dejó Jacobo se publicó en Posnania en el año de 1833, por el conde Eduardo Raczynski. Con referencia á Francia é Inglaterra, y especialmente á la corte de Jacobo I, deja Sobieski un bosquejo curioso y característico.

Admitido en la corte de Enrique IV, rey de Francia, en virtud de cartas de recomendación que le concedió Sigismundo III de Polonia, presenta detalles de aquella corte, de no escasa importancia. Presenció el asesinato del rey Enrique, encontrándose, por una casualidad, á poca distancia del lugar en que cayó muerto. Describe con vivos colores el consiguiente tumulto y confusión de la ciudad, instrucción criminal con el regicida, fa-

llo del tribunal contra él, y muchas varias cosas de interés.

Sin embargo, la descripción de sus viajes por España es algo pálida y con pocos detalles de la vida social. Jacobo pinta admirablemente las cortes que visitó, mas la parte psicológica de la vida humana, caracteres y costumbres de las naciones no le preocupan suficientemente, y no se puede atribuir á la falta de sus conocimientos ó de su criterio este sensible descuido, porque la descripción de su viaje con el rey Ladislao IV, en el año de 1638, á los baños de Baden, cerca de Viena, es una obra maestra. No obstante este detalle, el ilustrado público de España no debe ser privado de lo que le interesa, y con esta intención le presentamos estas «peregrinaciones» de Sobieski, que entra en España el primero de Marzo de 1611, y sale de Madrid en Julio del mismo año.

#### EL REINO DE ESPAÑA.

Reinaba entonces en España el rey Don Felipe III, soberano muy piadoso y ardiente servidor de Dios; dedicaba su tiempo, poco más ó menos, á la devoción, caza y paseos. Con más disposiciones para la vida privada que para la pública, dejó el gobierno del país al príncipe de Lerma, y éste dirigía como si fuera Rey. El cariño que el Rey le profesaba y la confianza que tenía en él eran tan grandes, que el referido príncipe, en un tiempo, fué absoluto soberano de España: el Gobierno era suyo, el Consejo suyo, y todas las promociones suyas. Los que no estaban en su gracia, no lo estaban tampoco en la del Rey; la nación española entera le obedecía. El Rey le colmó de honores y fortuna á él, á su casa y parientes, y él, por tantos beneficios recibidos, servía á su señor con lealtad en todo y por todo.

#### Navarra.

Salimos de Bayona para Navarra: ésta, llena de montañas y árida, nos pareció todavía más triste de lo que es, después de ver las alegres provincias de Francia.

#### Pamplona.

Es la capital de Navarra, donde reside actualmente un virey. Los navarros están admitidos á tomar parte en ciertos asuntos de gobierno, mas el poder nacional disfruta la

preponderancia en todo y le corresponde el nombramiento del virey. En el castillo, muy fuerte y hermoso, reside el Consejo navarro, la nobleza casi entera y el obispo. La catedral de la ciudad es muy bonita, el altar mayor de exquisito adorno, y la custodia de una riqueza y arte admirables: los canónigos viven en comunidad, comen juntos como si fueran monjes y duermen claustrados. El edificio que ocupan es bastante suntuoso. Aquí me ocurrió un accidente muy desagradable: la posadera y su hija me robaron todo mi caudal de viaje. En el cuarto que ocupé había un armario, donde dejé mi dinero escondido con otras preciosidades. El posadero me entregó la llave del dicho armario, mas su mujer tenía otra ocultamente, que su marido, militar de estado, ignoraba, y nos acompañó al castillo; nos fuimos todos, dejando el armario cerrado, llevándonos la llave. Mientras estuvimos fuera, la mujer tuvo bastante tiempo para abrir el armario con otra llave, y llevarse todo lo que le pareció conveniente. En el momento de despedida, mi criado Piestrzycki abrió el armario para tomar dinero, y no lo encontró: entonces la posadera con su hija empezaron a vociferar en vizcaino, que difiere tanto del español como del polaco. Me dirigí al virey para contarle lo ocurrido y le encontré jugando á los naipes; me recibió con urbanidad y con más satisfacción aún cuando le hablé en español, que anteriormente aprendí en Paris. Además le dije que era polaco y de la patria de San Jacinto, que está en gran veneración entre los españoles. Me preguntó luego si venía de Cracovia, y yo, para despachar mi negocio más pronto, le dije que sí.

Mandó á un hombre de justicia que me acompañara, y éste se fué conmigo á la posada para hacer sus diligencias; vino también á la posada un juez muy anciano. Echamos la responsabilidad al posadero, á su mujer y á su hija. Para justificarse el posadero, alegó su ausencia y acompañamiento con nosotros al castillo, y su mujer pretendía que guardando nosotros la llave, no podía ser abierto el armario sino por nosotros mismos. Si un ladrón, añadió, lo hubiera hecho, hubiera violado la cerradura y perdido el armario. Mientras se estaba ventilando la cuestión, Dios quiso confundir á la culpable, porque en el momento de haberse descubierto el robo, y su consiguiente clamoreo, asustada dejó su llave misma en un pequeño bulto nuestro. Al hacer Piestrzycki la observa-

ción al juez de que acaso la posadera tuviera otra llave que abriría el mismo armario, y al contestarle el juez «Preséntesela vuestra merced», Piestrzycki miró por una casualidad á nuestro bulto, y apercibiendo que algo brillaba encima, se acercó de repente y encontró una llave que presentó al juez; ensayada ésta, abría nuestro armario. Entonces el juez declaró: «Veo una prueba grande y terminante contra esta mujer», y mandó desde luego encarcelar al posadero, á su mujer é hija, y volviéndose á nosotros, dijo: «No sé, señores, si tendríais tanto dinero como pretendéis; es preciso que digais bajo vuestras conciencias cuánto es lo perdido». Yo lo hice sin demora. Luego me preguntó si podía probar mi entidad. Entonces le presenté mi pasaporte del rey Sigismundo III mi soberano, y además otro que tenía del rey de Francia. Después de haberlos leído con mucha atención, observó: «¿Y quién puede saber si vuestra merced es el mismo que aquí está consignado? Aquí no se le conoce, y podría viajar con pasaportes ajenos». A eso le presenté una carta que tenía para Lisboa y Sevilla, en que un negociante de Paris dió perfectamente mis señas; la leyó con atención, mirándome y verificando mis señas, y luego dándome abrazos, pidió no le tomara á mal estos procedimientos ni la desconfianza que observó conmigo, ni la escrupulosidad en las indagaciones, porque, añadió, así convenia á un juez. Después me dijo: «¡No se aflija usted, mañana tendrá su justicia irrevocablemente»; y dicho eso, se fué.

Por la noche, ya tarde, vino á mí un mayordomo del obispo de aquella ciudad y me suplicó en su nombre para que no insistiera yo en dar la muerte á la hija de la posadera... (1), y que por la mañana, el obispo me devolvería todo mi dinero robado. Contesté en pocas palabras que no deseaba la sangre de nadie, pero sí la devolución de mi dinero. Por la madrugada, muy temprano, me entregó el mismo empleado de ayer mi propio caudal, sin faltar siquiera un solo óbolo, y yo de mi parte mandé una atestación en que manifestaba que no quería la sangre de aquella gente porque se me había devuelto mi pérdida, y partí enseguida. Después de marcharme, no sé lo que pasó con la posadera y su hija; en cuanto al posadero, éste era inocente é ignoraba todo; era un hombre honrado, un viejo militar; pero le cayó en suerte una

(1) Lo demas está en blanco en el original.

mujer de poca honradez, distinguida por su demasiada vivacidad, y ella fué la que hizo toda la obra con su hija. Al salir de Pamploña, lo más pronto posible, ni miré siquiera atras, dando gracias á Dios por haberme permitido reconquistar lo mio; pasé la noche en una pequeña ciudad.

#### *Estella.*

Dista de la anterior tres millas, es una ciudad mediana con su rio por medio (1).

#### *Castilla la Vieja.*

Es el antiguo reino de Castilla, dividido en Castilla la Vieja y en Castilla la Nueva. A mi primera entrada en Castilla la Vieja encontré la ciudad de

Logroño, sobre el caudaloso rio Ebro, construida á lo español, porque en España no hay edificios tan notables siempre como en otros países, y sobre todo carecen de altura. Para evitar los calores del sol é impedir su invasion en el interior de las casas, se ponen lienzos en las ventanas en lugar de cristales. Esta costumbre no contribuye tanto á la alegría de un palacio, como los cristales en las ventanas. La ciudad de Logroño parece antigua: tiene su inquisicion; los inquisidores viven en un edificio separado, que al mismo tiempo les sirve de tribunal. Hay otro edificio que sirve de penitencia hasta un tiempo determinado para los convertidos, que llevan pequeñas cruces amarillas ó negras para distinguirse entre ellos.

*Santo Domingo de la Calzada.* En esta ciudad hay una iglesia á cuya entrada se crían gallinas, ó mejor dicho capones blancos, que tienen en un rincon su criadero hecho de alambre. Los viajeros supersticiosos, especialmente los franceses y nuestros compatriotas polacos, se apresuran á ver estas aves, creyendo que si de la punta de sus cayados de peregrinos ponen las migajas de su pan en la jaula y las gallinas las recogen y comen, llegarán sin novedad á Compostella (de Santiago), y en caso contrario se imaginan que morirán en su camino. En mi presencia ensayaron algunos los mismos presagios, pero yo ni siquiera quise mirar seme-

jante credulidad. La tradicion sobre aquellas gallinas la cuentan del siguiente modo: pasó una vez por allí una madre francesa con su hijo, que iba á visitar el túmulo de Santiago (en Compostella); en el momento de su despedida por la mañana, en la posada donde se hospedó, la acusaron, ó mejor dicho, acusaron á su hijo del robo de una copa que habia robado la cocinera de la casa. El jóven frances, temiendo sufrir los tormentos, confesó un delito que no habia cometido; se le juzgó, condenó y ahorcó. La pobre madre, desolada, siguió sin embargo su peregrinacion, y cumpliendo con su voto en Compostella, á su vuelta quiso saber si su hijo recibió algun entierro; se fué al lugar de su suplicio, apercibió que su hijo, colgado en la horca, todavía vivia bien conservado, y que, saludándola con cariño, le dijo: «Yo vivo, y estoy muy bien; un hombre vestido de peregrino, con una aureola brillante alrededor de su cabeza, anda siempre en mi custodia; es parecido á Santiago como suelen pintarle». La madre, sorprendida de este milagro y penetrada de alegría, acudió al jefe de la ciudad, como si se dijera hoy á un alcalde, que estaba comiendo en aquel instante, y que tenía delante de la mesa un pollo asado. Al entrar exclamó la madre: «¡Hombre infortunado! Mal habeis juzgado á mi hijo, condenándole á morir; á un inocente mandásteis ahorcar, hicisteis una inquisicion precipitada, y yo le encuentro ahora vivo aunque colgado en la horca, y cuidado, gracias á Dios, por Santiago». A eso el alcalde se puso á reir, diciendo: «Tu hijo estará tan vivo como este pollo en el plato sin poder salir de él». Apenas pronunció estas palabras, el gallo saltó del plato, y escapándose de la mesa, voló por la ventana. El alcalde, asustado, reunió al instante la comunidad, y con toda la gente de la ciudad se dirigió al lugar del patíbulo, en que halló al jóven frances vivo, hablándole y sano. Mandó quitarle de la horca y conducir á la ciudad; luégo hizo otro fallo con sus correspondientes investigaciones; la copa robada se descubrió entre las manos de la cocinera, convicta y confesa; la ahorcaron, y el frances volvió á su casa, dando gracias á Dios por haberle librado de la muerte. Esta es la tradicion, añadiendo que el gallo asado y vuelto á su vida, en recuerdo de un milagro tan grande, mereció su colocacion en la iglesia, y las gallinas que existen hasta el dia son sus descendientes. Así se pretende y afirma, pero la autenticidad del suceso y el origen

(1) El rio Ega.

de las aves se queden con sus autores. (1)

Guardan en la iglesia las gallinas, que he visto yo mismo, y que mantiene la comunidad. El milagro ocurrido con un frances lo relata una historieta entre los milagros de Santiago (*inter alia miracula*).

Búrgos, capital de Castilla la Vieja, ciudad antigua con varios edificios viejos, célebre por el Crucifijo milagroso (2), que tienen los Padres Agustinos en su convento. Este Crucifijo suda, le crecen las uñas y el cabello, y no cabe duda que es una obra muy antigua. Según dice la tradición, es obra de San Nicodemo mismo. Imponderable riqueza hay allí en dinero, votos, cabezas, brazos y lámparas de plata, y existen colgadas ofrendas de este metal tan enormes como calderas; confieso no haber visto cosas parecidas en todos mis viajes de los Países Bajos, de Francia y Alemania.

La catedral es grande y majestuosa, con una cúpula exterior é interior preciosísima, y el altar mayor excede á toda ponderacion posible. La puerta de la ciudad es magnífica, y el puente una gran obra. Considerable nobleza castellana reside en esta ciudad.

Valladolid, á seis millas de Búrgos, ciudad principal y célebre en todo el reino de España. Tiene una plaza muy hermosa y las calles alegres: muchos palacios de principales señores; muy poblada de nobleza de ambos sexos, donde viven con todas sus familias; numerosas y magníficas iglesias, y

(1) La historia se refiere á la época de fines del siglo xiv, en que un matrimonio «de la Villa de Santos, cerca de Wesel y Res, en el arzobispado de Colonia», fueron objeto, en su romería á Santiago, de un milagro con su hijo. «No fué un solo gallo asado, como el viajero lo relata, sino tambien una gallina: ambos resucitaron con plumas blancas»: lleváronse en procesion á nuestra catedral, dice la Historia de Santo Domingo de la Calzada .. por D. Joseph Gonzalez Texada, Madrid, 1702, in fol., páginas 236-241, y haciendo un rico nicho con su rexa, frente del sepulcro del santo (se atribuye el milagro á Santo Domingo de la Calzada, y no á Santiago), que hoy se encuentra sobre la puerta de la Torre Mayor, en cuyo frente se pintó el gallo y gallina, los pusieron en él; y como no podian conservarse así mucho, se ha observado despues acá tener este nicho un gallo y una gallina blancos, que se mudan á sus tiempos en memoria del milagro. De ellos llevan plumas los que visitan al Santo, con quienes ha obrado Dios muchos prodigios.—Acaso el origen de estos dos pájaros toca á los tiempos de los augurios paganos.

(2) Dice la tradición que encontró un mercader dentro de un cajon, en las aguas del mar, el famoso Cristo de Búrgos.

especialmente el convento de San Pablo de la Orden de Dominicos, cuyo gran bienhechor fué el duque de Lerma: su esposa tiene allí su túmulo; mandó hacer tambien allí el monumento sepulcral para sí mismo y toda su familia con lápidas de mérito notable. La sacristía, ornamentos, monasterio é iglesia, todo en fin, demuestra la generosidad del favorito del rey D. Felipe III, para aquel edificio tan artístico como suntuoso.

Leon. Entre los otros reinos de España figura tambien el de Leon, segundo de Castilla, país extraordinariamente árido é improductivo, cubierto de montañas y rocas, y muy triste para los que atraviesan sus despoblados parajes.

La ciudad de Leon, capital, es antigua; su principal iglesia es bastante hermosa; á cuatro millas de distancia empieza Astúrias. Y este reino de España es tan fastidioso para un viajero, como aquel de Leon, y acaso más aún; hasta se tiene ganas de escupir atravesando sus montañas, rocas y desiertos; lo único que distrae algo es el mar, que siempre está á la vista de aquéllas y éstos, que es menester pasar en las costas.

Oviedo, capital de Astúrias, es ciudad antigua. Los españoles, como los peregrinos extraños, la tienen en mucha veneracion, por una cruz de grandes milagros, que hicieron los ángeles, según se dice; muchas reliquias hay allí, y éstos son los motivos de tanto respeto para aquel lugar.

En la costa del mar hay una pequeña ciudad (1), pero las enormes rocas cercanas no permiten que las naves se la acerquen.

Galicia es tambien un reino de España, pero pobre, desierto, montuoso y agreste.

Ribadeo es una pequeña ciudad, adonde se pasa por un estrecho de mar; está situada en medio de inmensas rocas.

Compostela, á cuatro millas de camino, ciudad célebre por el sepulcro de Santiago. Desde una legua de distancia ántes de llegar á esta ciudad, íbamos á pié. Su iglesia es grande y hermosa, particularmente el coro. Santiago Apóstol está bajo de un altar. Este arzobispado es muy rico, y tiene numeroso clero. Los canónigos se visten como cardenales, de color encarnado, y son en número de siete. Hay penitenciaros para confesar; peregrinos acuden muchos de todas partes, y de todas las naciones, tanto en Verano como en Invierno. El hospital, fundacion de los

(1) Acaso Gijón.

Reyes de Castilla, D. Fernando y Doña Isabel, merece admiracion: es una obra magnífica y suntuosa, hecha de piedra, dotada de grandes recursos y fondos, que tiene siempre á su disposicion. Tiene propia y muy costosa botica, médicos, cirujanos, y puede, indudablemente, rivalizar con los más primorosos hospitales del Cristianismo.

J. LISKE.

Traducción de F. R.

(Continuará.)

## ESTUDIOS SOBRE ECONOMÍA POLÍTICA

### DE LA PROSPERIDAD

(Conclusion.)

La buena distribucion de las poblaciones es una condicion esencial de la prosperidad general, bien que no sea la única; puesto que sea de necesidad la mayor extension de todos los progresos que trae en pos de sí la más avanzada civilizacion, para que puedan utilizarse todos los elementos que constituyen la riqueza, y para que los siniestros, que proceden de las eventualidades de la produccion, y que no es posible prever, se repartan entre mayor número de asociados, á fin de que las comarcas por ellos afectadas utilicen, en la mayor medida posible, los recursos de las que no han padecido; en una palabra, para que el seguro mutuo del comercio contra semejantes siniestros sea más cierto y eficaz. Excusado nos parece añadir que no vemos repartida la poblacion en ninguna parte en el equilibrio que demanda la mayor prosperidad á que aspiran las sociedades.

En el paralelo que acabamos de hacer entre poblaciones densas y las que contienen pocos pobladores, apenas nos hemos ocupado sino de la vida animal; pero es aplicable á todo lo que hace relacion á la seguridad y á la existencia moral. No puede haber buena policia, ni autoridad bien y equitativamente desempeñada, ni educacion esmerada, donde la poblacion es escasa, porque todas esas cosas son caras, y es preciso que concurren muchos á costearlas. Esto explica el por qué las sociedades del Sud-América, cuya poblacion es extremadamente rara, no ofrecen tan buenas condiciones para todo eso como las europeas; y de ahí que su anarquía sea permanente.

LA PROSPERIDAD DE LAS SOCIEDADES DEMANDA  
CIERTA IGUALDAD ECONÓMICA.

Sin embargo de que para nosotros sea incuestionable la necesidad de cierta igualdad económica, si se ha de aspirar á toda la prosperidad posible general, prevemos desde luégo que semejante aserto ha de perturbar muchas convicciones adquiridas en sentido contrario; para nosotros ese aserto tiene tanta fuerza como un teorema matemático. ¿No es verdad que, si existiera la igualdad económica perfecta, todos habríamos de trabajar; que, por consiguiente, todas las fuerzas sociales serian empleadas en la produccion, y que ésta sería la más abundante posible? Cuando las desigualdades son considerables, se encuentra la sociedad exactamente en el mismo caso que una familia cuya economía particular se halle mal llevada, cuyo lujo exceda proporcionalmente á sus ingresos, y que, para ser vestida y ocupar habitacion elegante, por ejemplo, se priva del alimento necesario. Es indudable que todo lo que una sociedad consagra en fuerzas productivas al lujo, lo sustrae de las que debiera consagrar á la produccion de las cosas de primera necesidad. A no ser, pues, por ese lujo, la produccion de esas cosas de primera necesidad sería mayor; y como el lujo es un efecto ó una consecuencia de la desigualdad de fortunas, es de necesidad, para que la produccion más necesaria sea mayor, es decir, para que el bienestar general ó la prosperidad sea mayor, que desaparezcan las desigualdades que engendran el lujo, ó que se atenúen por lo ménos. Eso es lo que dice nuestra proposicion, la cual se deduce tambien de lo que hemos dicho poco há respecto á la densidad de poblacion.

La igualdad económica se ha presentado casi siempre ante la opinion pública bajo auspicios muy desfavorables; cuando no como bandera de partido acompañada de manifestaciones amenazadoras, se la ha presentado envuelta en consideraciones anubarradas ó místicas, que la comprometian á los ojos de las personas, á las cuales repugna instintivamente todo lo que aparezca como utopia. Tal es el destino de todo lo ideal cuando la ciencia no ha podido desembarazarle metódicamente de la oscuridad que oculta su naturaleza esencial, de asociarse en el espíritu humano al error y á las pasiones que engendran el error.

A poco que se reflexione, se reconoce pronto que lo que vamos diciendo de la necesidad de cierta igualdad de potencia productiva y de riqueza entre todos los miembros activos de una sociedad para la prosperidad general, no es más que una verdad evidente en sí misma, un *truismo*, como dice Bastiat, puesto que eso sólo significa que una sociedad no es rica sino cuando sus miembros lo son, y que, cuantos más ricos contenga, más rica será ella. Añadiremos todavía que la proposición siguiente, ridícula en apariencia, es una verdad del mismo género; la miseria no desaparecerá sino cuando los pobres adquieran su bienestar. ¿Qué significan, pues, esas proposiciones, si no quiere decirse con ellas que la riqueza y la prosperidad de toda sociedad son inseparables de cierta igualdad económica en todos sus miembros? Día vendrá, no lo dudamos, en que el espíritu humano no podrá comprender que haya sido preciso, no ya demostrar, sino solamente enunciar tales proposiciones.

La pobreza es necesaria, según la opinión de muchos; la Escritura dice: *habrá siempre pobres*; pero aún se va más lejos, puesto que se pretende que la pobreza es necesaria para la salvación de los ricos, á quienes proporciona, por medio de la limosna, la ocasión de ponerse bien con Dios; á no ser por ella, sería más difícil que un rico entrara en el reino de los cielos, que un camello por el agujero de una aguja. Nosotros nos permitiremos la libertad de separar del dominio de la ciencia, así esas opiniones como las autoridades en que se apoyan. La pobreza es necesaria para los espíritus prevenidos, como la esclavitud lo era para un Aristóteles ó un Platon, como parece serlo en general, para cualquiera que no eleva su espíritu por encima de consideraciones ajenas á la verdadera ciencia, todo lo que ha visto siempre. Nosotros no podemos poner en duda que la igualdad sea, no sólo un ideal racional, sino también un fin práctico, al cual los hombres se aproximan cada día más; y será, según nosotros, la mayor gloria de la ciencia mostrar de antemano y científicamente su necesidad imprescindible para la verdadera y sólida prosperidad social.

Para que una sociedad prospere y se enriquezca, es preciso, como hemos dicho, que sea suntuosa y densa; sin embargo, si, como Irlanda ántes de 1848, se compone casi exclusivamente de agricultores, y consume la mayor parte de sus productos, aunque sean

abundantes siempre (lo que no se ha visto jamás), no por eso dejarán de ser muy limitadas sus satisfacciones, y la civilización no se desarrollaría sino en pequeñísima escala. En semejantes condiciones no puede existir otro ideal que el de los cerdos, dado que los cerdos fueran capaces de tener un ideal, esto es, el de una abundante alimentación. En honra del espíritu humano, rechazamos semejante ideal.

Para que una sociedad sea rica y prospere, como hemos dicho también, es preciso que su población se reparta convenientemente en agricultores, manufactureros y comerciantes; sin embargo, si, así repartida y densa cuanto se quiera, no llegare á cambiar cada productor sino lo estrictamente necesario para atender á la subsistencia, la condición de todos sus miembros será mejor sin duda que la de una sociedad compuesta exclusivamente de agricultores, pero muy precaria y miserable todavía. ¿No vemos todos los días que cada industria limita su producción por la impotencia de sus consumidores? ¿No vemos que todos los productores son recíprocamente consumidores los unos de los otros, y que por ello, potencia de producir y potencia de consumir es una misma cosa, así para ellos como para la sociedad? Cuál es, pues, lo necesario para que se desarrolle la riqueza? Que todos produzcamos y consumamos mucho; en otros términos, y perdonemos aquellos á quienes hará sonreír nuestra simplicidad, es preciso que todos seamos ricos por medio del trabajo; es preciso, en fin, como lo quiere nuestra proposición, que la sociedad no presente entre los miembros que la componen desigualdades económicas muy sensibles.

Sabido es que, comunmente, toda riqueza procede del trabajo; pero lo es igualmente que el trabajo no puede desarrollarse en gran escala sino cuando cuenta con un consumo abundante; y como en todas partes los trabajadores son los consumidores más numerosos, es preciso que los trabajadores sean lo más ricos posible para que las sociedades lo sean. Conocidas son algunas naciones industriales, cuya mayor preocupación es la de buscar mercados, que llevan su fantasía, dispendiosa siempre, cruel muchas veces, á proporcionárselos por la conquista en países lejanos, ó por la colonización de desiertos; sin embargo, esas mismas naciones abrigán en su seno innumerables habitantes que anhelan consumir, y hartos terrenos que po-

drian fertilizar. Por lo que á nosotros hace, detestamos toda empresa cuando no la preside la libertad, y desconfiamos mucho de los gobiernos en materias económicas; pero si los insensatos gastos que se han hecho en lejanas conquistas y en colonizaciones no ménos insensatas, se hubieran empleado en una mejora juiciosa de las condiciones en que se encuentran nuestras sociedades, debemos creer que su prosperidad se hallaría á mucha mayor altura.

Se nos dirá quizás: ¿Es indispensable, por ventura, la igualdad, ó casi igualdad económica, para que los pobres consigan un buen estar y la sociedad se enriquezca? ¿No podría generalizarse la riqueza sin que desapareciera la desigualdad, adquiriendo un bienestar los pobres, quedando los ricos como están, ó aumentando también su riqueza? No hay como forjarse ilusiones á ese respecto; ya hemos dicho que el lujo, consecuencia de la desigualdad de fortunas, es un gran obstáculo para que se distribuyan convenientemente las fuerzas productivas, y que por consiguiente se disminuye; es, pues, un obstáculo al desarrollo de la fortuna general. En cuanto á la hipótesis de que las fuerzas de la producción, reducidas por el lujo, podrían dar á la vez bienestar al mayor número y opulencia al resto, basta para comprender lo que tiene de candidez ver en qué consiste la opulencia y cómo se adquiere. La opulencia consiste principalmente, en efecto, en la facultad de vivir sobre el trabajo ajeno; por consiguiente, disminuye la parte de otro en la producción y pone obstáculo al bienestar general. Verdad que el opulento concurre al trabajo de otro por su capital, pero no se reclama de él ese concurso sino porque falta capital al que trabaja; si éste tuviera suficiente, no le reclamaria; por lo mismo, no daría una parte de su producción al que se lo presta, y la opulencia no tendría razón de ser á este respecto; y de ahí que el bienestar general fuera un obstáculo á la opulencia, como ésta lo es al bienestar general; son, pues, incompatibles. Considerando la manera de llegar á la opulencia, obtenemos el mismo resultado; su origen es debido comunmente á circunstancias excepcionales que no se pueden presentar sino al amparo de la desigualdad, y que además dan ocasión más bien á la traslación que á la producción de la riqueza. El bienestar general haría desaparecer esas circunstancias, y al mismo tiempo desaparecería, por consiguiente, ese

origen de la opulencia; no pueden coexistir, pues, la opulencia y el bienestar general.

¿Quién, dirán todos esos á quienes espanta toda novedad, quién desempeñaría las funciones domésticas, y aún otras más penosas, si todos pudiéramos vivir regularmente por medio del trabajo? Nada nos preocuparía esa manifestación de angustia; y añadiremos que, si estuviéramos reducidos ya á vernos rodeados de una familia laboriosa, activa, cariñosa, dividiendo entre sus individuos, sin vergüenza pueril ó tonta, todas las funciones domésticas, alejando, por ese medio, del interior de nuestro hogar la curiosidad extraña y el ejemplo funesto de servilismo con todas sus inmoralidades, repudiando la ociosidad, siempre fecunda en vicios, caprichos y disgustos incurables, en necesidades inmoderadas y en lastimosos extravíos, bendeciríamos la igualdad; y aunque no fuera sino porque de ese modo se obligaría á trabajar á todos, siempre la bendeciríamos. El trabajo, no nos cansamos de repetirlo, es necesario á todos, ricos ó pobres, poderosos ó no. No sólo es el origen de toda riqueza, sino que agranda la esfera de la inteligencia, alimenta la razón, procura los hábitos más preciosos de orden y de método, y al mismo tiempo moraliza. Cuando no produce directamente la dicha, lo hace indirectamente, ocupando un puesto en nuestra existencia, que no pueden ocupar sin él sino pasiones inútiles y peligrosas; además, fortifica la salud y proporciona al reposo encanto. En fin, conserva en santa medida el delicioso y sencillito apetito de placeres, que degenera con mucha frecuencia, en la ociosidad, en excesos ó en saciedad. Si el trabajo no produce siempre esos resultados, sólo él puede producirlos, y eso basta para ensalzarle y glorificarle.

Malthus, uno de los pensadores á quienes ha conmovido más el espectáculo de la miseria, y que se ha ocupado de ella con el mayor ardor y sinceridad para buscar su causa y su remedio, se expresa, con motivo de las desigualdades económicas, de las teorías de éstas, y de si son ó no necesarias ó provechosas, en los términos siguientes:

«El doctor Paley, en el capítulo de su *Philosophiæ morale*, donde trata de la población y de las subsistencias, dice que la condición más favorable á la población de un país, y al mismo tiempo á su mayor felicidad, es que un pueblo frugal y laborioso emplee su actividad en satisfacer las demandas de una nación rica apasionada al lujo. Tal estado de

sociedad, es preciso convenir en ello, no tiene nada de atractivo. Sólo la necesidad absoluta de semejante orden de cosas sería capaz de hacérsenos adoptar. Diez millones de individuos condenados á un trabajo sin descanso, con privación de todos los goces que no sean los precisos, á fin de proporcionar á un millon todas las superfluidades del lujo, sería en verdad un punto de vista muy triste de la perfección á que debe aspirar la sociedad humana. Pero, felizmente, no es ésa la forma que se le tiene asignada. No es necesario que el rico ostente un lujo fuera de medida para alimentar las manufacturas, ni que el pobre se prive de toda especie de lujo á fin de mantener la población. Las manufacturas más útiles, bajo todos aspectos, son las que usa la masa del pueblo. Las que gastan sólo los ricos, no sólo son menos importantes por la cantidad mucho más limitada de su demanda, sino que tienen el inconveniente de ocasionar con frecuencia una gran miseria, por el capricho de la moda á que están sujetas. Es un lujo moderado y esparcido en todas las clases del pueblo, y no un lujo excesivo en una, lo útil. Lo que el doctor Paley vislumbraba como el verdadero mal producido por el lujo, y como el peligro real á que expone, es precisamente lo que yo vislumbro como el verdadero bien que de él puede resultar, y como una ventaja particular que á él va unida. Si se conviene en que en toda sociedad (que no se halla al estado de colonia nueva) es absolutamente necesario oponer algún obstáculo al aumento innecesario de la población; si la observación nos dice que el goce del bienestar y el de las comodidades sustrae á muchos de contraer los compromisos anexos al matrimonio por el temor de verse privados de esos bienes, se debe convenir en que no hay ningún obstáculo para el matrimonio, ménos perjudicial á la dicha y á la virtud, que ese goce cuando se halla que es general; por consiguiente, es de desear que el lujo, cual acabo de interpretarlo, se esparza á todos. Se observa, generalmente, que el estado medio en la sociedad es el más favorable á la industria y á los talentos de todo género; pero es evidente que todos los hombres no pueden formar en la clase media. Las superiores y las inferiores son inevitables, y además útiles. Si se quitara á las clases la esperanza de elevarse y el temor de descender; si el trabajo no llevara en sí la recompensa, y la indolencia su castigo, desaparecería la actividad, desaparecería el ardor con

que trabaja cada uno para mejorar su estado, que es el principal instrumento de la prosperidad pública; pero echando una mirada sobre los diversos Estados de Europa, se observa una diferencia considerable en las proporciones relativas entre las clases superiores, las medias y las inferiores que los componen; y, si hemos de juzgar por los efectos que esas diferencias producen, debemos creer que, aumentándose la clase media, se aumentaría el mejor estar.» *Essai sur le principe de population*, lib. IV, ch. 13.

En la última parte de la anterior transcripción, parece que Malthus cree en la necesidad y conveniencia de la desigualdad económica, á fin de conservar en todos, ó la esperanza de mejorar de estado, ó el temor de empeorarlo; sin embargo, admite la conveniencia de aumentar la clase media. O lo uno, ó lo otro, según nosotros: si es necesaria la desigualdad, la clase media no lo es; son incompatibles esas dos necesidades. Para conservar el deseo de disfrutar buena salud, ¿son, por ventura, necesarias clases de excesiva robustez, y clases débiles, enfermizas ó raquíticas? Sabiendo que todo exceso es contrario á la salud, y que lleva tras sí un padecimiento, una pena, ¿no basta eso para que, cualquiera que no sea un insensato ó perverso se abstenga de repetir excesos? Pues lo mismo debe suceder con los excesos que perturban el bienestar. El hábito del bienestar es, pues, el más poderoso preservativo contra la decadencia; pero el hábito de bienestar moderado y conquistado por el trabajo, tiene sólo esa saludable influencia, sin mezcla de vicios contrarios.

La desigualdad y la miseria son siempre inseparables; la historia nos lo dice. En la antigüedad, las castas y la esclavitud constituían las más odiosas desigualdades, y, apesar de algunas preocupaciones clásicas á este respecto, la miseria era el patrimonio de las sociedades antiguas. Hasta el Olimpo la coloca en la mitología.

Para nosotros no hay duda alguna en que la igualdad sea el ideal del espíritu humano, y que todas las fuerzas espontáneas del hombre tienden á realizarla. La prueba es que la hallamos en el principio de toda legislación: la igualdad de todos ante la ley, ó mejor, según nosotros, la igualdad de la ley para todos. Hasta en los países que reconocían las castas se ha observado ese principio, puesto que para cada casta se había establecido una sola ley. ¿Y qué significa ese principio, sino

la necesidad absoluta (para que reine la justicia entre los hombres) de suponerlos á todos iguales, bien que no lo sean en realidad? Si se prescinde de esa necesidad, la ley es odiosa: tratar de aplicarla á la desigualdad, equivaldria á suprimirla, puesto que sería preciso una para cada individuo, lo cual sería absurdo.

Otra prueba: no hay moral posible sin la hipótesis de la igualdad absoluta entre todos. Tal nos lo demuestra el único precepto de moral verdaderamente universal, que reconoce: *no hagas á otro*, etc. Este principio supone la homogeneidad más completa de toda la especie humana; es decir, la igualdad absoluta de todos los hombres; en otro caso, no podría mandarnos que nos pusiéramos en el lugar de aquel sobre el cual va á recaer nuestra acción para saber si debemos ó no proceder.

Si la igualdad es tan necesaria que sea preciso suponer su existencia para ser justos y morales en principio, ¿no es natural concluir que la humanidad debe esforzarse en realizarla para ser justa y moral en principio y de hecho? No puede ponerse en duda que todos en general hagan los mayores esfuerzos en ese sentido; pero, al mismo tiempo, tampoco puede ponerse en duda la ineficacia de esos esfuerzos, sobre todo, cuando el análisis más severo no ha podido encontrar entre los hombres una tendencia contraria tan caracterizada, tan constante, tan necesaria. Muchas veces, es verdad, vemos que la indiferencia y la pereza acompañan á la miseria; pero ¿no acompañan más frecuentemente aún á la opulencia, que es más disipada? La humanidad no obedece en su conjunto sino á fuerzas generales y permanentes, que no pueden proceder sino de necesidades generales y permanentes también; y como la necesidad más general y permanente es sin duda alguna la de su bienestar, y como, por otra parte, esta necesidad es generalmente tanto más imperiosa, cuanto más lejos se cree su satisfacción, y tanto menos, cuanto se cree más próxima, es de pensar que las fuerzas que engendra tienden á la igualdad y á sus efectos. La historia nos hace ver á la vez esa necesidad enérgica y permanente de la igualdad, y la progresión siempre creciente con que se va adquiriendo por el hombre.

«Dos espíritus contrarios, dice M. Renouard, se vienen disputando desde tiempos muy remotos la dirección del mundo: el uno haciendo esfuerzos para conservar, y aún

profundizar, las diferencias que dividen al género humano; el otro, combatiendo por atenuarlas, y aún destruirlas. La lucha ha sufrido fortuna varia; sin embargo, ha sido sostenida con gran tesón, apesar de las vicisitudes y complicaciones que se le han presentado siempre. Se ha desplegado por ambas partes gran acción, elevada y baja, heroica y cobarde, y mucha abnegación y egoísmo, y sabiduría y locura, y construcciones y ruinas, virtudes y crímenes. Ha habido de todo: honor y vergüenza para unos y otros, para todos; pero la victoria se ha declarado por la buena causa, por la igualdad.» *Du droit industriel*, partie I, chap. 6.º

«Si, á partir del siglo XI, dice Alexis de Tocqueville, se examina lo que ha pasado en Francia cada cincuenta años, es fácil observar que se ha verificado una doble revolución en el estado de la sociedad: que muchos nobles han bajado en la escala social, y que muchos plebeyos, por el contrario, se han elevado á la de nobles. Cada medio siglo se aproximan más las dos clases, y bien pronto se confundirán. Y esto no es sólo en Francia donde sucede; á cualquiera parte que dirijamos la mirada, se percibe la misma revolución, y que continúa en toda la cristiandad. En todas partes han sido favorables á la democracia los diversos incidentes de la vida de los pueblos; todos los hombres han contribuido á ello con sus esfuerzos; unos tenían en mira concurrir á que se lograra ese objeto, otros que concurrían sin pensar en ello, éstos que combatían en su favor, aquéllos que se declaraban sus enemigos, todos han seguido, en confusión hacia el mismo fin, y todos han trabajado en comun: los unos de buena voluntad, los otros á su pesar, cual ciegos instrumentos en manos del Creador.

El desarrollo gradual de la igualdad de las condiciones humanas es un hecho providencial, puesto que tiene sus principales caracteres: universalidad, durabilidad, sin que haya poder humano capaz de evitarlo. Todos los acontecimientos, como todos los hombres, contribuyen á ese desarrollo.» (*De la démocratie en Amérique, Introduction.*)

Mejor que la historia quizás, puede demostrarse por la ciencia económica el desarrollo gradual de la igualdad de condiciones, y, sobre todo, la tendencia de las fuerzas sociales á producirlo; no es posible poner eso en duda cuando se reflexiona con algún detenimiento en el conjunto de los fenómenos que nos presenta la distribución de la riqueza.

za. Como el principio de la moral y el de la legislación, con el cual se confunde, puesto que el fundamento de la justicia económica, el de la distribución, supone la igualdad de los trabajadores; y si presenta defectos en su aplicación, consiste del mismo modo en que los trabajadores no son en realidad iguales. Sin embargo, como remuneramos á los trabajadores cuya potencia productiva es menor, sin tener en cuenta sus necesidades, los estimula enérgicamente á la igualdad.

Creo, dice Bastiat, que la invencible tendencia social es la de aproximarse constantemente los hombres hacia un nivel común físico, intelectual y moral, al mismo tiempo que hacia una elevación progresiva é indefinida de ese nivel. Y añade en el cap. 3.º de las armonías: suponiendo que haya existido ese estado llamado *estado de naturaleza*, ¿por qué serie de ideas Rousseau y sus adeptos han llegado á colocar en él la igualdad?

Más tarde veremos que es, como la riqueza, la libertad, la fraternidad y la utilidad, no el punto de partida, sino el fin, que surge del desarrollo natural de las sociedades. La sociedad no se aleja, tiende hacia él.

Así, pues, es una necesidad que los hombres se igualen en condiciones para que la moral y la justicia se perfeccionen, como lo es para que lleguen en común á una verdadera prosperidad, y sobre todo para que no pueda alcanzarles la más horrorosa miseria. ¡Podrá creerse que semejante necesidad no sea sino una ilusión! ¡Jamás ha podido soñar el espíritu humano con un ideal que se imponga á la razón con tan poderosos motivos!

#### B. ESCUDERO.

## LA FELICIDAD HUMANA

### CUADRO DE COSTUMBRES

(Continuación.)

»Se había educado en un convento, después había viajado con sus padres, concluyendo, haría unos seis meses, por establecerse en el castillo patrimonial, restaurado y reformado en residencia definitiva. La señora, ociosa, y por consiguiente ávida de distracciones, hubiera deseado llevar á su casa á todos los habitantes de la población vecina; pero su marido se negó constante-

mente á ello, con lo cual se libraba de la inquisición vecinal; pero, como en todos los sistemas absolutos son los más intolerantes, la reserva del señor Laflor produjo á su familia más enemistades que el vicio ó el crimen en otras. Los habitantes se ocuparon de ellos más de lo regular, comentaron y criticaron sus hechos, y áun sus gustos, y les sometieron á un espionaje tan continuo é ingenioso, que de ello debían deducir lo que no existía ni jamás había existido.

»Mi padre seguía una conducta completamente opuesta; sin aceptar ciertas costumbres que encontraba despreciables, sin tomar parte en el común botín de anécdotas más ó menos exactas, de hechos más ó menos desnaturalizados que se recogían en todas direcciones, había observado la conducta de no combatir inútilmente ninguna vanidad ó pretensión, y de sostener con sus vecinos buenas relaciones, sin ser visitero, ni concurrir á reuniones, ni aceptar, sobre todo, ninguna de esas quejas microscópicas, pero envenenadas, que podían dividir á los habitantes del país.

»La similitud en la educación es lo que más aproxima á los hombres, mucho más que la conformidad de opiniones, de origen, posición ó fortuna. Mi padre, más instruido y mejor educado que el señor Laflor, era más conocido y apreciado en el país. Sin embargo, la simpatía fué mutua, y se proyectaron frecuentes relaciones.

»Aquel día insistimos por que realizasen su proyectado paseo, y, efectivamente, montaron á caballo y nos acompañaron gran parte de nuestro camino.

»A muy corta distancia del castillo, nos saludó un hombre vestido modestamente de cazador. Llevaba á la espalda su escopeta, y en las manos un libro. El cultivo de las letras se ha considerado siempre contrario al gusto de la caza. Nemrod pasó por un estúpido, é Hipólito, ese feroz cazador, era, á creer la tradición, un personaje inculto. El cazador descubrió al saludarnos una cabeza gris y una fisonomía cuya expresión era agradable é inteligente. Le contestamos afectuosamente.

—¿Conoceis á ese cazador tan amable?—preguntó mi padre á Laflor.

—Le encuentro algunas veces, y sólo sé que se llama Martín.

—Me parece que es el nuevo juez. Al llegar me hizo una visita, que le devolví; después partí á buscar á mi hija, y no he vuelto á sa-

ber de él. Está casado, y pues continúa, presentaré mi hija á su esposa.

—¡Ah!—dijo Laflor con cierto desprecio.—Mirad lo que haceis; ese señor está bien educado, y su presencia le abona, pero su mujer... ¿Conoceis á su mujer?

—No.

—Pues no puedo ménos de decir todo lo contrario de ella. Representa la absoluta y amarilla envidia; tiene mala cara y peores hechos. He renunciado á tratar al marido por no ver á la mujer.

—No llevo intencion alguna al visitarles,—respondió mi padre;—no provocaré relaciones íntimas, pero no las rechazaré. Acaso la opinion de usted sea injusta, puesto que no la funda más que en que esa señora tiene la cara amarilla.

—Mis primeras impresiones no me engañan jamas,—dijo Laflor sonriendo,—y desde la primera vez que la vi he procurado evitarla. No puede usted figurarse las veces que me he arrepentido de haber escuchado esa voz que el hombre llama razon, despreciando las misteriosas advertencias del instinto, que no es sino la conciencia de un peligro, la presencia del mal que nos puede acaecer. Ahí tiene usted por qué me hallo dispuesto esta vez á seguir su dictámen. Dicha señora me parece muy vulgar, y aún creo que pasa su vida ocupándose del prójimo más de lo debido.

»Magdalena y yo no nos ocupábamos de nada; me prometió ser mi cicerone desde el momento que supiera montar, y llevarme á contemplar sus paisajes favoritos. Por fin nos separamos.

»Las visitas al castillo se reprodujeron con frecuencia, y como esperaba, nuestras relaciones se hicieron íntimas. El Sr. Laflor se ocupaba poco de su hija; le daba una gran libertad que Magdalena empleaba en mi obsequio. En nuestras excursiones encontrábamos muchas veces al señor Martin. Su compañía era agradable y sencilla; apesar de su edad, se entregaba fácilmente á excesos románticos; era muy solícito; si nos retardábamos algo, al momento se presentaba para servirnos de escolta; si manifestábamos deseos de leer un libro, enseguida nos le remitía á casa; pero lo que puso el sello de sus simpatías por nosotras fué su conformidad con nuestros gustos musicales.

»En esto Magdalena, apesar de toda su instruccion, no tenía ningun talento; yo habia tenido buenos profesores, y cuando el

señor Martin, tan apasionado á la música, descubrió el culto que yo profesaba á su arte favorito, dirigió á mi padre indirectas tales, que hubiera sido sucio é imperdonable rechazarle. Mi padre me presentó un dia en casa de la señora de Martin.

»Este señor hacía treinta años se habia casado con una linda jóven, perteneciente á á la clase media, y que por lo mismo no tuvo muchas ocasiones de brillar y dominar. Vanidosa y falta de inteligencia, las decepciones acumularon en ella un descontento y amargura tal, que degeneró en una envidia insidiosa. Jóven, envidió y aún detestó á las que disponian de una fortuna ó de una posicion superior á la suya; cuando la juventud desapareció, llevándose su belleza, llegó á aborrecer, no sólo á las mujeres ricas ó de más posicion, sino á las más jóvenes y más hermosas, número que, como era natural, aumentaba diariamente. En vez de hacer agradable la existencia á su marido, que aunque modesta superaba por encima de las esperanzas que debia abrigar, se ocupaba únicamente en gastar y desplegar un lujo que hacian su mayor acusacion. Midiendo su ambicion, no por su mérito, sino por sus pretensiones, se consideraba burlada. Las inclinaciones sencillas y elevadas de su marido la martirizaban.

»Este era feliz con sus libros y procesos, y ella no se lo perdonaba; impotente para comprender, dada su vulgar inteligencia é inferioridad de carácter, ya que no participaba de los pasatiempos favoritos del marido, los creia despreciables; y no pasó mucho sin considerarse víctima expiatoria de las pueriles inclinaciones de aquél.

»Hubiera preferido que las horas que empleaba con Cervantes, Mariana, Lope, Calderon, Garcilaso, Balmes y otros, las aprovechase en hacer antesalas y arrastrarse cerca de los que pudieran elevarle y protegerle; pero el señor Martin, satisfecho con su medianía y sin hijos... hubiese vivido tranquilo si la ambicion y envidia que corrompia el alma de su mujer no hubieran alterado á cada paso la paz doméstica... ¿Qué importan á la mujer esas cualidades cuando se halla dispuesta á preferir la brutalidad á la educacion, á renegar de la inteligencia si no produce dinero, y á despreciar al marido por las bellas y eruditas inclinaciones que tanto debieran realzarle á sus ojos?

»Verdad es que la elevacion de miras no puede sostenerse sin la fuerza que la acom-

pañá, y desgraciadamente el señor Martín tenía un carácter débil. A fin de lograr su constante objeto, es decir, la paz doméstica, hizo todo género de concesiones; para evitar degradantes violencias y grosero lenguaje, para economizar su oído... y su vajilla, víctimas frecuentes de aquella mujer, cometió algunas bajezas inútiles; pero á cada nueva concesión nuevas exigencias y más desprecio del que aspiraba obtener la paz por este medio, ignorando ú olvidando que la fuerza unida á la equidad y bondad son las únicas que pueden alcanzar esa paz, que es el bien supremo.

»La señora de Martín no aparecía en el primer momento tal como era. Los observadores superficiales le concedían voluntariamente los efectos de la apariéncia, la creían, por ejemplo, dulce y pacífica, y era todo lo contrario; así como los que no se dejaban dominar por el exterior examinaban con desconfianza los biliosos rasgos de su fisonomía, el estado metálico de su dura y febril mirada, las abonadas nubes de una lucida cabellera, y... desconfiaban.

»A falta de experiencia, el instinto revelador de que hablaba el señor Laflor me puso en guardia, y debo confesar que por más que hice no pude extender á aquella mujer la simpatía que el marido me inspiraba. Aquélla nos recibió con cierta frialdad, y éste con cariño. La casa que habitaban se hallaba en la extremidad de uno de los barrios del pueblo, que se hallaba á una hora de distancia del nuestro.

»A pesar de su edad, Martín tenía el alma ardiente y sencilla de un niño. La experiencia nada le enseñaba, y desde nuestra primer visita formó mil proyectos y se hizo mil ilusiones. Tocaba bien el violin, y entreveía una serie sucesiva de duos y aún de tríos, puesto que uno de los amigos del pueblo tocaba el violoncello. Si las reuniones agradables son posibles, no contaba con la inevitable intervencion de ciertos caracteres, que las hacen quiméricas é imposibles las más de las veces.

»El señor Martín empleaba sus ratos desocupados en el campo; feliz con un día hermoso, gozando con un efecto de sol que se perdía en el horizonte, admiraba al mismo tiempo las flores, los árboles y las aves que cantaban sin cesar. La caza era un motivo inocente, un pretexto para sus solitarios paseos. La noche la empleaba en recibir á algunas personas que iban á pasar el rato; la se-

ñora se atribuía este honor, cuando sólo las llevaba la amable conversacion del marido.

»Viudo mi padre, y niña todavía yo, adquirimos la costumbre de asistir muchas noches á sus reuniones. La amistad de la señora no era atractiva, pero no había etiqueta; se hablaba libremente, y padre apreciaba á muchos de los concurrentes por su distinguida conversacion.

»Más: defendía á aquella señora, suponiéndola una mujer de obtusa inteligencia, pero inofensiva. Sin embargo, todos sus esfuerzos eran inútiles. Los señores Laflor pagaron con dos tarjetas la visita que los de Martín les hicieron. Es verdad que este proceder no era justo, pero, como todos los de su índole, no tenía más importancia que la que se le quería dar. Las almas elevadas tienen la dignidad necesaria para no sufrir por semejantes pequéñeces, puesto que á ellas no alcanzan las heridas que atañen únicamente á la caridad.

»Laflor encontró al señor Martín, y le manifestó que la delicada salud de su señora le impedía toda clase de relaciones en el mundo; excusa que éste aceptó, pero no su señora. El proceder de los señores de Laflor quedó grabado profundamente en su insidioso y envenenado corazón.

»Esta época de mi existencia forma un recuerdo de imperecedera memoria. La amistad de Magdalena era suficiente por sí sola para satisfacer mi alma. Tierna, ingeniosa é infatigable en sus delicadas manifestaciones, si el heroísmo hubiese sido compatible con nuestro modo de vivir, hubiera formado el verdadero elemento de su apasionado corazón.

»Mi padre estaba satisfecho de nuestras relaciones, y los días pasaban dulcemente, sin siquiera sospechar en la animosidad y malquerencia que se dejaba notar en aquella inolvidable señora.

»Su marido trataba íntimamente á Magdalena, pues que era mi compañera de excursiones y paseos. Aquella naturaleza poética y privilegiada conquistó las simpatías de Martín, y á las dos nos servía de caballero andante.

»Pocos días después de mi llegada, padre recibió la visita del hijo de uno de sus amigos, el jóven Villena.»

—¿El padre de Enrique?—preguntó Eduardo, al mismo tiempo que Cecilia levantaba vivamente la cabeza.

—Sí, el padre de vuestro amigo; el suyo

fué diputado y acababa de morir en Madrid; Villena había viajado y hecho brillantes estudios; pero había resuelto, contando gozar con la influencia de su familia en la provincia, establecerse en ella y fundar una nueva fabricación. Aunque rico, no se creía autorizado para vivir ocioso.

»Fué presentado en casa del señor Martín y acogido por la señora con mucho gusto. ¡Hijo de un diputado! Al pronunciar estas palabras, el aire parecía conmoverse. ¡Oh! Era una felicidad recibir en su casa á aquel rico personaje, centro de todas las miradas maternales en muchas leguas á la redonda. ¡Qué elogios tan constantes prodigaba á la inteligencia, al juicio, capacidad y buenas maneras de tan apuesto doncel!... Y aquellos elogios la servían de proyectiles para atormentar á su marido. ¡Qué hábil fué aquel diputado! ¡Nunca se empequeñeció leyendo libros viejos y carcomidos, ni perdió el tiempo con desvarios y extravagancias pueriles, ni dejó de cultivar poderosas relaciones en cambio de las de advenedizos miserables!

»Aquellas piedras lanzadas contra el señor Martín solían de rechazo alcanzarnos á todos. Las alusiones eran á veces tan transparentes que no dejaban duda de ningún género; pero amábamos sinceramente al señor Martín, y conocíamos demasiado á su mujer para contentarnos con hacer el sacrificio de recibir los tiros de este genio discolo y pendenciero.

»Cuando Villena iba á su casa, era objeto de los más solícitos cuidados y de las atenciones más aduladoras; vulgar y conocido es ese tipo de ama de casa, falto de inteligencia y carácter y sobrado de malicia é hipocresía, que, cual si obedeciese á un castigo, gira alrededor de todo lo que reluce, y se aparta de aquéllos que supone no despiden tanto brillo.

»Ya habíamos experimentado más de una vez los efectos de su hostilidad, pero cuando estábamos á punto de cambiar una mirada de inteligencia mi padre y yo, encontrábamos los suplicantes ojos del marido que nos desarmaban, como pidiendo paciencia é indulgencia, y aun alguna vez hizo vagas alusiones á síntomas de una especie de enfermedad, que le causaban serios disgustos.

»El señor Martín quería á mi padre con extremo, lo cual no agradaba á su mujer. Villena me pareció un jóven instruido, inteligente, un jóven completo. Su presencia me agradaba tanto que no me cuidaba de la có-

lera de aquella señora; los dardos que me lanzaba caían destrozados é impotentes lejos de mí. No conocía aún de lo que es capaz el odio de una mujer perversa. A costa mía debía aprenderlo.

»El resto de aquel verano lo pasamos en una alternativa de calma y sordas tempestades que no llegaron á estallar. Como casi conocíamos á la citada señora, no era fácil comprender los verdaderos móviles que la impulsaban, y aceptamos las semi-explicaciones del marido; en una palabra, la juzgamos, si no loca, expuesta á ello por las contrariedades de su bastardo genio; y la amistad y áun la conciencia nos decidió á despreciar lo que en otro concepto hubiese sido causa de graves y borrascosas luchas.

»Notabilísimo es el hecho de que en el mundo se domine más por los defectos que por las buenas cualidades. Aquella mujer, de innobles inclinaciones, de talento escaso y de conciencia muda, ejercía sobre los que la rodeaban una especie de terrorismo. Pero este ejemplo, como otros muchos que pudieran citarse, debe servir á los que por sus inclinaciones pretendieran imitarle; pues áun dado que impunemente gozase con sus abominables sentimientos y hechos en contra del prójimo, es segurísimo que no existía mujer más desgraciada. Todo la hería y torturaba; la posición de éste, la prosperidad de aquél, y... sobre todo la belleza de las mujeres más jóvenes que ella. Y como no es posible suprimir de un golpe todas las ventajas que en los demás encontramos, sufría en el ataque tormentos, que son el justo castigo de la envidia, y en las consecuencias el más completo desprecio áun de los que creía afectos y sujetos por el terror á ella.

»Alguna vez intentamos sostener en nuestra propia casa las relaciones que nos habíamos creado, pero las súplicas de Martín nos desarmaron. «Mi mujer está acostumbrada á presidir, decía, y si nos trasladamos, lo va á tomar como una usurpación... y su imaginación es tan horrible... No, se lo suplico; estamos bien aquí. No cambiemos en nada... tengan ustedes alguna indulgencia para ese carácter no siempre amable... Les aseguro que es buena en el fondo... y que les aprecia.»

»Padre accedió á sus deseos á medias, pues no renunció á la idea de reunir en su casa algunos amigos... y el Sr. Villena, añadió Marta con melancólico acento, concurrió á casa poco más ó menos como su hijo lo hace en la actualidad.»

A este recuerdo Cecilia volvió la cabeza por algunos momentos.

«Villena no tenía los mismos motivos que nosotros para juzgar y apreciar aquella señora; por una parte, los hombres no son tan observadores ni tan minuciosos como nosotras; por otra, juraría que no le disgustaban los cumplidos y deferencias que con él guardaba apesar de todas sus condiciones y carácter.

»Permitidme descansar un momento.»

## X

«Yo montaba perfectamente á caballo y daba frecuentes paseos con mi querida amiga Magdalena. Un día convinimos en ir más lejos que de costumbre para explorar parte del país que aún no habíamos visto. El tiempo era hermoso y el paseo nos agradó. Ibamos acompañadas de un antiguo criado de Magdalena, á quien mandamos descansar mientras nos alejábamos un poco; él rehusó cuanto pudo, pero accediendo á nuestras instancias se apeó, ató la brida á un árbol y se extendió sobre el césped á esperar nuestra vuelta, que, como convinimos, sería por el mismo camino.

»Varias veces llamé la atención de Magdalena para no prolongar más el paseo, pero el hermoso campo que atravesábamos, el magnífico prado, la naturaleza con toda su lozania, todo parecía embriagarla, contestando á mis consejos corriendo siempre á galope; yo la seguía, y cuando no tuvimos otro remedio que volver, Magdalena me confesó que ignoraba el camino que debíamos tomar. Aquella situación de *princesas errantes* me contrariaba. De repente, Magdalena, que iba de exploradora, se volvió y me dijo sonriendo:

—Nos hemos salvado... anda aprisa y verás un lindo cuadro... Y se lanzó en la dirección tomada.

»Cuando yo llegué estaba contemplando una preciosa casita situada sobre una de las vertientes del bosquecillo inmediato; delante de la puerta se hallaba sentado un viejo con su blusa del campo, arreglando varios instrumentos de jardinería; á su lado se hallaba una mujer de cabello gris, hilando y sonriendo con su compañero.

—Allí tienes á Filemon y Baucis resucitados y vestidos de aldeanos modernos,—me dijo Magdalena.

—Siempre que nos indiquen el camino...

—¡Cuán pobre y pequeña es la prevision

humana!—exclamó Magdalena.—Ella emponzoña los goces, paraliza las visiones más poéticas, turba la alegría de la vida, sustituye el temor y la aprension á la seguridad y confianza! Y si no, vé lo que pasa; yo admiro ese grupo y tú no puedes por la inquietud que te devora... ¡Ah, utilitaria!—añadió dirigiéndome una mirada de compasion.

—Bien,—le respondí;—pero si esa prevision que desprecias es exagerada, tuya es la responsabilidad; además, preciso es que tenga algo de lo que á tí te falta, si ha de haber compensacion... Y obligué á mi caballo á que, descendiendo por una pendiente bastante escarpada, llegásemos al rústico cerro que delante de la casa habia.

»Filemon, como llamó mi compañera al viejo, levantó la cabeza, y al vernos se adelantó con la gorra en la mano.

—¿Cómo por aquí, mis bellas señoritas?—nos preguntó sonriendo.—¿Se han perdido ustedes?

—Sí, señor,—le contesté admirada al encontrar al pié de aquella choza un hombre de tan buenas maneras.—Me llamo Marta Gil; mi casa está cerca del inmediato pueblo: un criado nos espera en un sitio que se llama...

—El coto de la Encina,—dijo Magdalena.

—Y no sabemos qué camino tomar para reunirnos con ese criado, que ya estará impaciente. ¿Nos hará usted el favor de indicar el camino que deberemos seguir?

—¡Oh! Sí; pero ántes entrad, señoritas.—Y abrió las puertas de su casa.

—Gracias. ¡Qué bueno es usted!

—Un momento, señoritas,—dijo Ana adelantándose para apoyar la invitacion de su marido.—Les proporcionaremos un guía que ponga á ustedes en cinco minutos en el cerro de la Encina; pero, entretanto, las ruego acepten nuestra invitacion.

—Entremos,—me dijo Magdalena.

»Era imposible la resistencia; en un momento nos encontrábamos sentadas en el cancel de la puerta y alrededor de una mesita de madera cubierta con un mantel muy blanco, y dos vasos de leche exquisita.

»En tanto el viejo, con una especie de trompa, parecida á la que usan los pastores suizos, tocó de una manera original, y, contestado desde lejos, se vino á sentar á nuestro lado, diciendo:

—Ya viene el hijo, y dentro de algunos instantes podrá acompañarlas al sitio donde espera el criado.

»Con el apetito propio de la edad, honra-

mos aquel frugal pero delicado obsequio. La satisfacción de aquellos esposos se revelaba en sus fisonomías; ambos parecían destinados el uno para el otro; notamos, sin embargo, cierta tristeza que desaparecía pronto, como desaparecen en un bello lago los movimientos que accidentalmente turban su ordinaria tranquilidad; á la señal que su marido la hizo, procuró explicarnos lo que habíamos notado, diciéndonos con natural orgullo:

—¡Es mi hijo... el único que me queda de siete que Dios nos dió!—Y bajó la voz al pronunciar estas últimas palabras, como para recomendarnos el silencio ante la presencia de su marido; á seguida, y dominada por la impaciencia maternal, fué con su esposo á mirar por el lado que su hijo debía venir.

»Quedamos solas, y aproveché este momento para decir á Magdalena que sería mejor no esperar á aquel jóven. Esta se encogió de hombros, y me dijo:

—¿Quién te ha dicho que sea jóven con unos padres tan viejos? Y aunque lo sea, ¿es censurable que un aldeano nos enseñe y acompañe?

—¿Estás segura de que son aldeanos? Me parece que tienen maneras muy distinguidas para sencillos aldeanos.

—Pues no lo comprendo,—respondió Magdalena.—A la verdad que esto me interesa y entusiasmo. ¡Qué choza tan poética! ¡cuánto deben amarse! ¡qué felices deben ser!

»Una alegre exclamación nos reveló que nuestros huéspedes habían divisado á su hijo, y así era; un jóven vestido como su padre exclamaba desde lejos: «¡Allá voy! ¿Qué ocurre?»

»Llegó y nos encontramos con un guía de graciosa apostura, regular fisonomía, buenas maneras, y que muy cortesmente se puso á nuestras órdenes. Al tiempo de partir, mi amiga se dirigió á los ancianos:

—Ya conocéis á ésta,—les dijo;—yo me llamo Magdalena Laflor; ¿nos harán ustedes el favor de decirnos sus nombres y ser nuestros amigos?

»La mujer dirigió una singular mirada al marido, pero éste, afectando no entenderla, contestó sin alterarse:

—Me llamó Piñon, simple labrador; soy un poco más feliz que otros, porque nuestros bienes son un tanto mayores. Mi hijo es militar, y se halla entre nosotros con licencia.

»La señora Piñon posó dulcemente su mano sobre el hombro de Magdalena, y le dijo:

—Procure usted no dar un disgusto á su familia contándole la hospitalidad que les hemos dado.

»Magdalena experimentó una viva sorpresa, pero temiendo ser imprudentes, no nos atrevimos á preguntar.

—Si ustedes gustan volver,—añadió Piñon ayudándonos á montar,—nos dispensarán un singular favor honrando esta pobre casa.

»Escortadas por Pablo Piñon, vimos que procedía como una persona bien nacida y educada; algunos rasgos de la conversación entrecortada que sostuvimos, confirmaron los antecedentes que ya habíamos adquirido.

»El criado de Magdalena tuvo la paciencia de esperar, y no bien nos reunimos á él, Pablo se despidió políticamente. A corta distancia oímos las primeras notas del aria que Basilio canta en el *Barbero*, *la calunnia é un venticello*. Jamás he olvidado esa singular coincidencia, esa melodía escogida al acaso, y que el eco del bosque nos enviaba como un consejo, desgraciadamente inútil.

»Desde que nos vimos solas galopando en dirección de nuestra casa, Magdalena se entregó á suposiciones románticas sobre aquellos tres personajes; sobre el contraste entre su apariencia y su educación y el misterioso lazo que les unía al señor Laflor, y sobre el por qué de su recomendado silencio, silencio que, á la verdad, á mí me hacía daño.

»Siempre he creído que la oscuridad es un enemigo peligroso, que la luz es la protectora, el poderoso aliado de todos los corazones rectos, de aquellos genios que de nadie ni por nada se tienen que ocultar. Y si, desgraciadamente, no siempre puede decirse *fiat lux...* si las tinieblas que la maledicencia amontona á veces sobre tal fase de nuestra existencia no siempre las podemos disipar, al ménos debemos hacer resaltar nuestras acciones á la clara luz del sol. Yo no tenía interés en callar, y por consiguiente contaría á mi padre lo acaecido, y aconsejaba á Magdalena hiciese lo mismo, pero no era el juicio una de sus facultades más distinguidas; miraba con exageración cuanto se refería á una cuestión de delicadeza; hubiera sido para ella una indiscreción imperdonable faltar á la súplica de la señora Piñon, y me aseguró guardar silencio.

»Villena comía con nosotros aquel día. Llegué algo tarde, me apresuré á arreglarme, y no tuve tiempo de dar á mi padre cuenta de nuestro paseo. Este día—continuó

Marta despues de una pausa á fin de afirmar su voz algo balbuciente—es de eterno recuerdo para mí; despues de la comida, Villena pidió mi mano, y despues de una seria y larga sesion, quedó convenido todo para pasados tres meses. Yo me creia feliz y olvidaba... ¡ahl... la familia Piñon, y mi resolucion de contar á padre tal aventura.

»La señora Martin tuvo noticia de mi casamiento por el mismo Villena, y me dirigió irónicos plácemes. La mujer sufría los tormentos que causa la triste pasion de la envidia; pero por aceradas que sus flechas fueran, no me tocaban; mi felicidad me hacía invulnerable.

»Por otra parte, las jóvenes son intransigentes con las que no lo son. Aquella mujer gruesa, vieja y amarilla por la envidia, me parecia más grotesca que peligrosa; creia que todos opinaban lo mismo, y cuando quise hablar con mi prometido de ella, me rogó no adquiriese el hábito de murmurar.

»Este lenguaje nada me hubiese revelado á no ser por otras alusiones que indicaban su verdadera significacion.

»La señora de Martin habia adulado mucho á Villena, que en apariencia era de carácter firme, y en realidad débil y ligero; habia obtenido su confianza y podia manifestarle sus temores, como lo hizo, por la amistad que me unía á una joven loca, cuya vida la pasaba leyendo comedias y corriendo sola por los campos.

»Así describia á mi pobre amiga. Su opinion era que la mujer que gustaba de la lectura tenia necesariamente un cerebro desencuadrado, una imaginacion volcánica y tendencias nada buenas. La señora Martin tenia el instinto y la práctica de la calumnia; procuró no acumular de golpe todas sus acusaciones sobre Magdalena; sabia bien que el espíritu soporta sólo cierta dosis de calumnia, pero que desde el momento que se acepta puede irse aumentando gradualmente, y procedia así por el vivo interes que la inspiraba; yo á mi vez cándidamente procuraba presentarla á mi prometido bajo aspectos desfavorables.

»¡Juzgad del efecto que esa coincidencia debia producir! ¡No tuve valor para insistir, y lo pagué demasiado caro! ¡Creí inoportuno luchar contra las buenas ó malas prevenciones de mi futuro, y eso que tenia tiempo de combatir!... No sabia que *toda debilidad se expia...* y toleré la prevencion de Villena contra mi amiga.

»No habian pasado quince dias, cuando una noche contó Martin que habia tenido un singular encuentro. Vagando por el bosque, —dijo,—oí á lo léjos una hermosa voz de bajo que cantaba la gran aria de las bodas del Figaro *Non piu andrai*; echo á correr, atraveso el arroyo, me dirijo via recta como una bala de cañon á mi objeto, á fin de conocer aquella voz que tan bien modulaba, y me encuentro por fin con un individuo vestido de aldeano; entablo conversacion, y descubro en él un joven encantador, instruido, bien educado, un héroe de novela bajo una pobre blusa.

»Aquella narracion me atormentaba, me ponía colorada, y no resistia la mirada de Villena, que parecia querer penetrar en mi alma. No tuve valor para intervenir en la conversacion y referir nuestro paseo. Creí que ese recuerdo confirmaria las sospechas despertadas en Villena, y me callé.

—No he acabado,—continuó Martin;—simpatizamos, y el joven me llevó á su casa, que es una choza encantadora. Su interior es sencillo, pero los objetos que contiene demuestran un gusto delicado y fino; libros, herbarios, colecciones de insectos... Aquellas gentes me conquistaron, y creo que me quedo con ellas, á no reclamarme mi mujer. ¿Quiénes son, señor Gil?

—¿Cómo se llama el dueño de esa casa?—preguntó mi padre riendo.

—Piñon.

—No me es completamente desconocido ese apellido... Me parece que un tal Piñon, de escasa fortuna, se casó hace mucho tiempo con una parienta de nuestro vecino el señor Laflor.

—Eso debe ser,—exclamé yo muy aturdida.

—¿La conoces?—me preguntó Villena, que no habia cesado de mirarme.

—No; el señor Martin ha dicho que esas personas eran muy finas,—respondí balbuceando y como avergonzada.

—Ya caigo,—exclamó mi padre como haciendo un esfuerzo mnemotécnico;—esa señora de Piñon es parienta de Laflor, y era tan hermosa como pobre. Laflor quiso casarse con ella, pero ella prefirió á Piñon. Él no se lo ha perdonado jamas, pues segun detalles repetidos por todos, pero cuya exactitud ó probabilidad no es posible determinar, median tambien algunos papeles que Laflor queria poseer y que no poseerá ya. Piñon es un sér muy singular, misántropo y servicial. Separados de la sociedad, nadie se ocupa de

ellos, y aún yo mismo había olvidado esa antigua historia.

»Al siguiente día fui á ver á mi amiga, y la conversacion recayó naturalmente sobre este asunto. Le conté mi turbacion y mi sentimiento de no haber contado á padre nuestro encuentro con aquella gente. Magdalena no hacía más que reír y preguntarme cuantos detalles había oído á mi padre. Ignoraba cuán útil es saber callar á tiempo, y cometí una gravísima indiscrecion contándola cuanto había dicho mi padre sobre Piñon y Laflor. Magdalena se mostró taciturna y escuchó con distraccion la parte de necedades que se referian á mi casamiento.

»Entretenida con los preparativos de boda, y arrastrada por las circunstancias que rodean á las jóvenes en semejantes casos y en un período en que cambian ó se suspenden nuestros hábitos y sentimientos, había visto pocas veces á Magdalena en el mes siguiente. Por su parte, ésta me evitaba algo. La amistad descansa, en efecto, sobre el mutuo deseo de comunicarse; pero cuando éste se debilita por una parte, cualquiera que sea el motivo, no tarda en enfriarse por la otra; los esfuerzos aislados no son bastante para alimentarla y sostenerla. Tal era la razon de por qué la amistad de Laflor y mi padre era simpática, pero no íntima. Aquél no había querido unirse al pequeño círculo que nos rodeaba.

»Una mañana llegó Magdalena á mi casa, y cerrando tras sí la puerta de mi cuarto, me anunció que tenía muchas cosas que contarme.

—Habla,—le dije.—¿Vas á casarte también?

—¡Oh! No,—me contestó encogiéndose de hombros;—otros son mis proyectos. Has de saber que he vuelto á visitar á la familia Piñon.

—¿Y has vuelto sola?

—¿Pues quién me había de acompañar? Cuanto me contaste me atormentaba demasiado; veía una especie de misterio, en fin, quería saber por qué la señora Piñon me hizo aquella recomendacion.

—Magdalena, eso me parece imprudente... ¿No has pensado en esa aventura... no has reflexionado que te exponias á disgustar á tus padres, quizá á afligirles?

—Pues sí, sólo el ardiente deseo de ser útil á mis padres me decidió, y cuando así se obra, ni hay miedo ni puede haber extravío.

—Perdóname si no me conformo con tu errónea opinion. Es muy laudable exponerse

cuando la abnegacion es útil, cuando claramente se ven los resultados. Pero ¿qué riesgo ha de correr tu padre? Y en tal caso, ¿á quién corresponde evitarlo? Pero en tu falta de experiencia, ya que ignoras los hechos, ¿tratas de sostener relaciones que tienes que negar? Permíteme que te diga que tu conducta me aflige.

—Suponia lo que me habias de decir,—respondió Magdalena con mucha calma;—pero mi padre hace tiempo que no es dichoso; y desde que me referiste aquel fragmento de una antigua historia, no pude ménos de pensar en el disgusto que le domina; me propuse, pues, destruir esa espina que parece atormentarle constantemente; por eso he vuelto á ver á Piñon.

—Pero, por Dios,—exclamé con impaciencia.—¿á qué construir toda una novela, aproximando datos que nada tienen de comun? ¿Tu padre no pudo verse humillado, y conservar algun disgusto desde el día que fué postergado á un infeliz obrero? Y el carácter, ¿tiene nada que ver con antiguas historias?

—Posible es,—respondió Magdalena;—pero yo me digo: «en la duda, no te abstengas».

—¿Y estás segura de que tu mismo padre apruebe lo hecho?... Y por fin, ¿qué es lo que has logrado?

—Hasta el presente poco ó nada, lo confieso. En las visitas que he hecho he sido bien recibida por la familia Piñon, y nada más. El hijo me acompaña hasta el cercado de la Encina, en donde me espera el criado.

—Muy expuesto me parece todo eso, Magdalena. Y el criado ¿qué juzga de tan misteriosos paseos?

—¿Quién, Juan? No le conoces aún. Es romo de inteligencia, incapaz de todo. Le he dicho que voy á ensayarme en botánica para ayudar á mi padre en una obra que escribe sobre esta ciencia.

—¡Mentir... desfigurar tus propias acciones!

—Penoso es, pero algo debe hacerse al procurar un bien.

—No, Magdalena; partes de un principio falso. Tú no tienes necesidad de mezclarte en esa clase de asuntos, y ni tú ni yo poseemos la experiencia necesaria para obrar sin consentimiento paterno.

»La hermosa fisonomía de mi amiga tomó cierto tinte melancólico y frío; sus mejillas me decían claramente que su melancolía era ocasionada por mi decepcion; veía su sufrimiento, comprendía que su alma rechazaba,

no sólo el mal, sino los cálculos prudentes y personales... y la quería tanto, que empecé á dejarme ganar por su generosa imprudencia.

—¿Y no has obtenido nada de Piñon?

—En mi última visita estuve sola con su mujer más de una hora, y la supliqué me dijese con franqueza el motivo de recomendar-me el silencio, y el resultado fué negativo. Pero yo no me he dado por vencida,—añadía con tono altanero;—he hablado á Pablo durante el camino, le he manifestado mis preocupaciones; incidentalmente toqué la cuestion de los papeles... en una palabra, he conquistado un poderoso aliado; él domina y gobierna la plaza enemiga, y obtendrá cuantas noticias necesito. Así me lo ha prometido solemnemente. Dentro de un rato daré un paseo por el bosque, en él encontraré á Pablo Piñon, y sabré lo que su madre se obstina en ocultar.

—¡Todavía paseos misteriosos!... ¿Qué dirán si se descubren?

—¿Qué han de decir, Marta? —contestó Magdalena levantando la cabeza y lanzando por sus ojos rayos de indignacion.—En verdad que no te conocia; ¡siempre con cálculos! No es amistad la que no está pronta á todo género de sacrificios y no sabe despreciar juicios aventurados, propios de comadres y de mujeres callejeras.

—Pues yo me temo te perjudiques inútilmente.

—Pues sea,—dijo Magdalena levantándose;—siempre preferiré el papel de Don Quijote al de Sancho Panza, aunque éste represente la razon... Si tuviera necesidad de tí, dudaria en dirigirme á la amiga.

—¡Magdalena!

—Perdon, Margarita; ni sé lo que he dicho. Tengo necesidad de tu amistad, y te la suplico, aún á riesgo de alguna necia interpretacion.

»Así terminamos aquel dia, sin poderme dar cuenta de mis impresiones. Temia instintivamente los misterios que Magdalena se habia empeñado descubrir, y al mismo tiempo era víctima de una vaga inquietud.

»La señora Martin seguia desempeñando la mision para que la naturaleza la habia formado tan visiblemente. Yo la temia, por más que no tuviera por qué temerla. Sin poder hacer ninguna afirmacion precisa en apoyo de mis apreciaciones, creia firmísimamente que prevenia á mi futuro; la ternura que éste me manifestaba era constante y formal;

pero se cubria, si así puedo expresarme, con un tinte severo y pedagógico, al paso que su confianza con aquella mujer aumentaba diariamente.

»Muchas veces he reflexionado sobre el poderoso imperio que los corazones malvados, aún unidos á espíritus vulgares y pequeños, ejercen en inteligencias y caracteres infinitamente superiores. La experiencia me ha enseñado algo de lo que ántes me parecia inexplicable. Cuando los malvados tienen intereses y aspiraciones que realizar, ponen en ejecucion recursos y tocan resortes desconocidos y despreciados por los caracteres francos y leales. Estos descansan siempre en sus rectas intenciones, al paso que aquéllos trabajan sin cesar, llamando en su ayuda la adulacion, que es el medio más poderoso y eficaz. Si llegamos á conocer su obra, es cuando no hay tiempo, porque el mal está ya hecho.

»La adulacion y las insinuaciones calumniosas marchan á un fin comun; casi siempre aseguran el éxito, porque para resistirle se necesita un carácter sencillo y un juicio recto y firme, y si es raro encontrar esas cualidades separadas, es mucho más raro todavía encontrarlas reunidas. Villena carecia de ellas.

»Lo que aún tengo que deciros lo prueba evidentemente.

## XI

»Mi padre tuvo que hacer un viaje, y temiendo pudiera prolongarse algunos dias, y conviniendo en que no era prudente recibiera durante su ausencia á Villena, convinimos en que nos veríamos dos ó tres veces por semana en casa de Martin, cuyo señor me acompañaria.

»Dos dias despues de marcharse padre, fui á ver á Magdalena, para lo que tenía permiso, y al verme entrar exclamó alegremente:

—Iba á ir á tu casa, mi querida Marta, mi única confidenta.

—Confidenta, muchas gracias,—respondí riendo...—¿Qué, se trata de alguna nueva niñería?

—No tanto como crees. He hablado con Pablo; va á partir, pues ha recibido la orden de unirse á su regimiento dentro de algunos dias.

—¡Mejor!... —exclamé involuntariamente.

—¿Y por qué? ¿Te importa algo que Pablo Piñon esté aquí ó en Africa?

—Ya no sé cómo explicarme... Mira, Magdalena, me es muy triste verte empeñada en negocios misteriosos, y más ver de por medio la figura de un joven.

»La honestidad tiene necesidades que le son exclusivas, y mi pobre amiga, que nunca habia cometido un acto de coquetería, acogió mi observacion con sorpresa é indignacion.

D. ALCALDE PRIETO.

(Continuará.)

## WILHELM MEISTER

### PRIMERA PARTE

### AÑOS DE APRENDIZAJE

#### Libro cuarto.

(Continuacion.)

La contemplaba hacía bastante tiempo con atencion, cuando ella empezó á despertarse. Cerró él suavemente los ojos, pero no pudo ménos de entornarlos y mirarla de nuevo, cuando ella se arregló y salió á pedir el almuerzo.

Todos los comediantes se habian presentado sucesivamente en casa de Guillermo, le habian pedido con más ó ménos grosería cartas de recomendacion y dinero, que habian obtenido, con gran descontento de Filina. En vano hacía presente á su amigo que el guarda habia dejado igualmente una suma considerable á aquella gente, y que entónces no hacian más que burlarse de él. A este propósito tuvieron ambos una acalorada disputa, y Guillermo declaró de una vez por todas que era preciso que ella se uniera al resto de la compañía y fuera á buscar fortuna al lado de Serlo.

Por momentos perdía ella la paciencia; luégo, súbitamente calmada, exclamó:

—Si encontrara siquiera á mi rubito, en verdad que no me inquietara por vos.

Aludía á Federico, que habia desaparecido del campo de batalla, y á quien despues no habia vuelto á ver.

Al dia siguiente por la mañana, Linda se llegó al lecho del enfermo, y le anunció que Filina se habia marchado por la noche; habia dejado y ordenado en el aposento próximo cuanto era propiedad de Guillermo. Pronto éste notó su ausencia. Perdía en ella

una guardiana fiel, una compañera alegre; ya no estaba acostumbrado á verse solo. Pero Linda llenó pronto este vacío.

Desde que la ligera joven rodeaba al herido de amistosos cuidados, la pequeña se habia retirado poco á poco, y habia permanecido silenciosa; pero ahora que el campo volvía á estar libre, reapareció con su vigilancia y su amor; mostróse diligente en servirle, y alegre para distraerle.

### CAPÍTULO XI.

La curacion avanzaba rápida. Él esperaba que dentro de algunos dias podria emprender de nuevo un viaje. No queria continuar sin objeto, por así decirlo, una vida indolente; en adelante, una marcha razonada debia marcar su camino. Quería primeramente volver á hallar á sus nobles bienhechores, para expresarles su reconocimiento; despues unirse de nuevo á su amigo el director, á fin de cuidar lo mejor que pudiera por los intereses de la infortunada compañía, y al mismo tiempo ir á visitar á los corresponsales á quienes estaba anunciado y arreglar los asuntos cuyo encargo tenía. Esperaba que la dicha le acompañara en lo porvenir como hasta el presente habia hecho, y le administrara ocasion de reparar su pérdida por medio de un buen negocio, y colmara el vacío de su caja.

El deseo de volver á ver á su libertadora crecía de dia en dia. Para arreglar su itinerario, consultó con el pastor, que poseía conocimientos geográficos y estadísticos bastante extensos, y tenía una buena coleccion de libros y de mapas. Buscaron el lugar que la noble familia habia elegido para morada durante la guerra; procuráronse datos acerca de la misma; pero el lugar no estaba en geografía alguna, y nada decían los manuales genealógicos de una familia de aquel apellido.

Guillermo se puso muy inquieto; y como su disgusto se hiciera visible, el arpista le declaró que tenía sus razones para creer que el guarda, por una ú otra causa, le habia llamado el verdadero nombre de sus señores.

Guillermo, que creía hallarse cerca de la dama, esperó recoger algunas noticias enviando al arpista á hacer indagaciones; pero su esperanza salióle fallida también. Apesar de las averiguaciones del anciano, no se pudo encontrar huella alguna. Por esta época, numerosos movimientos y marchas imprevi-

tas se habian sucedido en la comarca; nadie habia reparado especialmente en los viajeros; de modo que el mensajero, para que no le tomaran por espía judío, habia tenido que volverse y presentarse á su amo y amigo sin traerle el ramo de olivo. Dióle cuenta exacta de la forma en que habia procurado desempeñar su mision, y se esforzó en descartar toda sospecha de negligencia. Procuraba por todos los medios posibles calmar la melancolía de Guillermo; reunia todo aquello que habia sabido por el guarda, y formaba mil conjeturas, entre las cuales por fin se presentó una circunstancia que permitió á Guillermo explicar las pocas palabras enigmáticas pronunciadas por la bella desaparecida.

Los bandidos habian acechado probablemente, no á la compañía de comediantes, sino á aquella noble comitiva, en la que con razon esperaban hallar mucho dinero y objetos preciosos, y cuya marcha debian conocer perfectamente. No se sabia si era de atribuir aquel ataque á un cuerpo franco, ó bien á merodeadores ó á bandidos. En el fondo, y felizmente para la rica y noble caravana, los pequeños y los pobres habian llegado los primeros y sufrido la suerte que esperaba á aquéllos. A esto se referian las palabras de la dama, las cuales recordaba perfectamente Guillermo. Si se reconocia dichoso porque un genio previsor lo hubiera designado como víctima destinada á salvar á aquella mortal tan perfecta, por otra parte casi tocaba á la desesperacion al sentir que se le escapaba, al ménos por el momento, la esperanza de volverla á hallar y ver.

Aumentaba esta su singular agitacion la similitud que creia haber descubierto entre la condesa y la bella desconocida. Parecíanse cuanto parecerse pudieran dos hermanas, á ninguna de las cuales pudiera llamarse la mayor ó la menor, porque parecian dos gemelas.

El recuerdo de la amable condesa érale infinitamente dulce. Su imágen se le presentaba á la memoria demasiado; pero al mismo tiempo venía á interponerse la figura de la noble amazona. Estas apariciones se confundian, sin que él se hallara en estado de fijar una ú otra.

¡Cuál, pues, le sorprenderia la semejanza de su letra, porque él conservaba en su pupitre un *lied* escrito de mano de la condesa, y habia encontrado en la capa un billete en el cual se informaban con cierta solicitud de la salud de un tío!

Guillermo estaba persuadido de que su libertadora era la que habia escrito este billete; que durante el viaje lo habia enviado en una posada de un aposento á otros, y que el tío lo habia metido en el bolsillo. Comparaba las dos letras, y si los delicados caracteres trazados por la condesa le habian gustado tanto hasta entónces, hallaba una armonía inexpresable y flúida en el trazado análogo, pero más franco, de la desconocida. Nada existia en este billete, y ya la letra parecia exaltarle tanto como la presencia de la hermosa.

Cayó en una languidez soñadora, y se armonizaba con sus sensaciones el *lied*, que cantaban en este momento Linda y el arpista, como un duo vago:

¡Sólo aquel que conoce la languidez  
Sabe lo que yo sufro!  
Aislada y privada de toda alegría,  
Miro al firmamento  
Por esta parte allá abajo.

¡Oh! Aquel que me ama y me conoce  
Se encuentra á lo léjos.  
La cabeza me da vueltas, esto me arde  
En las entrañas.  
¡Sólo aquel que conoce la languidez  
Sabe lo que yo sufro! (1)

## CAPÍTULO XII.

Las dulces seducciones del querido ángel guardian, en vez de dirigir á nuestro amigo hacia una determinacion cualquiera, no hacian más que alimentar y aumentar el desasosiego que hasta entónces sintiera. Una llama secreta se deslizaba por sus venas; objetos, ya preciosos, ya vagos, se sucedian en su alma, y en ella despertaban un deseo infinito. Desaba, ya un corcel, ya alas, y mientras que le parecia imposible estarse quieto, aún se preguntaba hacia qué parte debia dirigirse.

El hilo de su destino se habia enredado singularmente; deseaba ver desenredados ó cortados sus nudos extraños. Frecuentemente, cuando oia el trote de un caballo ó el rodar de un coche, dirigíase rápidamente á la ventana, con la esperanza de que fuese alguno que venía á buscarle, y aunque tan sólo por casualidad fuera, le trajese noticias, la certidumbre ó la alegría. Se referia á sí mis-

(1) Beethoven ha compuesto sobre este *lied* cuatro aires diferentes, reunidos bajo este título: «*Sehnsucht*» (languidez) sin número de obra. (Pág. 147 del catálogo de Breitkopf y Härtel.)

mo cuentos: su amigo podía venir á sorprenderle en aquella comarca; Mariana, tal vez, podía aparecérsele. El sonido del cuerno de cada postillon le ponía en movimiento. Melina le daba noticias suyas; más aún, el guarda volvía y le invitaba á ir al lado de la belad adorada.

Nada de esto sucedía, desgraciadamente; al fin del cuento volvía á hallarse solo, y en tanto pensaba en el pasado, una circunstancia le era siempre más penosa y más insupportable, á medida que la examinaba y la profundizaba más: era su desgraciado empleo de jefe de compañía, en el que no podía pensar sin amargura. En efecto, aunque se justificó perfectamente delante de la compañía la noche de aquella triste jornada, no podía, sin embargo, disimularse á sí propio su falta; y en sus momentos de hipocondría, á sí sólo achacaba todo el accidente.

El amor propio presta á nuestras cualidades, como á nuestros defectos, una importancia que no tienen; él había conquistado su confianza, dirigido su opinion, y había seguido adelante llevado de la inexperiencia y de la temeridad; había encontrado un obstáculo que no podía vencer. El remordimiento, ya ruidoso, ya sordo, le perseguía; y cuando, despues de este sensible daño, había prometido á la compañía, por él extraviada, que no la abandonaría hasta tanto de haber reparado con usura sus pérdidas, tenía que reprocharse un nuevo acto de temeridad, que echaba sobre sus hombros el daño distribuido en toda la compañía. Cuando se reprochaba por haber hecho semejante promesa en la exaltacion y la presion del momento; cuando comprendía que aquella mano benéfica que había alargado, y que nadie se había dignado aceptar, sólo era una ligera formalidad frente al voto que su corazón había formado, reflexionaba acerca de los medios de serles útil, y encontraba que tenía mil razones para apresurar su visita á Serlo. Hizo sus preparativos de viaje, y partió sin esperar su completa curacion, sin oír los consejos del pastor y del cirujano, acompañado de sus extraños camaradas, Linda y el viejo arpista, huyendo del ocio en que su destino por demasiado tiempo le había retenido.

GÆTHER.

(Continuará.)

## MISCELÁNEA

### TEATROS DE MADRID

*El alma y el cuerpo*, drama del estimable autor dramático D. Juan José Herranz, representado en el teatro Español, no ha logrado la fortuna que era de esperar, conociéndose las excelentes dotes de poeta del Sr. Herranz, y las pruebas que como autor dramático llevaba hechas, y que le habían proporcionado honra y provecho.

El título parecía indicar que el Sr. Herranz se había propuesto ofrecer al observador un contraste entre el grosero sensualismo y el febril idealismo, y la dificultad que la empresa llevaba en sí, y el deseo de conocer cómo había sido vencida, llevaron al teatro Español numerosa y exigente concurrencia, que no perdonó al autor el chasco, pues en verdad que la obra nada tiene que ver con el título. Un banquero entrado en años, casado en segundas nupcias y con dos hijos de su primera esposa, viene entregado á especulaciones mercantiles. Adora su mujer á un pintor afamado, que mantuvo con ella relaciones ántes de su boda con el banquero, y que entra en la casa bajo el pretexto de hacer el retrato de su adorada. Trata un hermano del esposo de evitar estos amores, pero afligido éste por una quiebra horrorosa, acude á la liberalidad del pintor para que salve su honra comprometida.

Sabedora la familia del hecho, opónese á su realizacion. Duda el esposo de la fidelidad de su mujer, y sobreviene la catástrofe y se verifica con la muerte del pintor á manos del banquero, y el suicidio de éste. El acto primero se oyó con ménos interes del que realmente inspiraba, y la actitud del público, reservado con exceso durante la exposicion de la obra, hizo temer un fin desastroso á cuantos deseaban un triunfo.

Una bellissima décima rompió el hielo en el acto segundo, que fué muy aplaudido, y que contiene pensamientos levantados, frases oportunas y situaciones de efecto. Al terminar fué llamado el Sr. Herranz al palco escénico, donde se presentó acompañado de los actores.

En el acto tercero el público adoptó de nuevo la reserva con que oyera el primero, hasta el momento en que se escuchó la segunda detonacion, nuncio de otra desgracia.

Las protestas se confundieron con los aplausos, y algunos espectadores exigieron que se presentara el autor en escena. No accedió éste á tales deseos, é hizo bien. Un autor que vale lo que el Sr. Herranz, no puede engañarse á sí mismo, y nadie como él pudo apreciar la verdad del éxito. Por fortuna la caída no es tan grande para temer que el señor Herranz no se levante pronto. Nosotros así lo esperamos de su talento y de su ingenio.

\* \* \*

*El azote de Dios*, drama trágico en cuatro actos, del Sr. Gomez de Cádiz (D. José), representado en el teatro de Apolo, no figurará seguramente en los carteles del mismo cuando este número llegue á poder de nuestros lectores, apesar del éxito aparente obtenido la noche del estreno.

La obra está fuera del gusto moderno, que rechaza la fria tragedia clásica, y aparte de esto, carece de condiciones para interesar al público. Tres mil y quinientos versos endecasílabos (por lo ménos) son muchos versos para dichos de un tiron y de la manera que los dicen los actores del teatro de Apolo. El señor Morales, que en su larga carrera artística ha dado repetidas pruebas de buen gusto y discrecion, se ha olvidado por esta vez de uno y otra. No de otro modo se explica el empeño que ha demostrado por llevar á la escena obra de tal género, sin los elementos bastantes para salir airoso de la empresa.

El Sr. Gomez de Cádiz ha demostrado que es poeta, y si pasa del siglo v al xix, se hará aplaudir con más justicia que en la primera representacion de *El azote de Dios*.

El juéves se estrenó en este teatro una comedia titulada *Salirse de su esfera*. Es un título que tiene algo de epigrama despues del desengaño recibido.

\* \* \*

Martin ha ofrecido á sus constantes abonados un drama en un acto, titulado *La reina loca*, original del Sr. Alvarez Sierra. La obra está versificada con facilidad, y los caracteres bien sostenidos. El éxito ha sido muy lisonjero.

*La noche del estreno*, juguete cómico del Sr. Jakson Veyan, entretiene.

Variedades, sin variedades.

Eslava, sin Castilla.

\* \* \*

Una representacion de *Un ballo in maschera*, otra de *Hugonotes*, y otra de *Favorita*, han sido los trabajos del teatro Real en la semana pasada. Nada entre dos platos. Las dos primeras han tenido interpretaciones como las anteriores de que hemos dado cuenta, y la última ha experimentado alguna variacion en perjuicio del público. La señora Scalchi-Lolli, que se encargó de la parte de Leonora, por indisposicion de la señora Pasqua, no puede con la *Favorita*, porque no posee las notas agudas de una *mezzo soprano*, y si la apreciable contralto repite una vez más, siquiera, semejante *tour de force*, es seguro que perderá mucho en el concepto público.

Siguense los preparativos para *Fausto* y *Africana*, y no sabemos cuándo se terminarán. Los de *Le roi de Lahore* parece que se han abandonado por completo.

Dícese que ha habido notables alteraciones en la empresa del teatro Real, entrando en la misma, en concepto de refuerzo, cuatro apreciables capitalistas.

\* \* \*

El teatro de la Zarzuela no ha ofrecido al público más que una quisicosa en un acto, que valiera más no hubiese admitido. Libro y música eran de lo peor que puede hacerse, y sus autores han perdido el tiempo lastimosamente. Llamábase *Un tenor jubilado*, y el público jubiló en el acto la obra, aplaudiendo con los piés; pero no pidió los nombres de los autores, por no tener que jubilarlos tambien para siempre.

Con esto, con *El pañuelo de yerbas*, que sigue gustando á ciertas gentes, como vaticinamos, y con alguna que otra representacion de *La guerra santa*, en cuya obra señala cada dia más su completa de cadencia artística la señora Franco de Salas, ha pasado la semana el teatro de la Zarzuela.

Prepáranse una zarzuela nueva de Larra y Caballero, y otra de Caballero y Larra.

¡Ah! Tambien dicen que se prepara una zarzuela nueva de Barbieri.

\* \* \*

En el teatro de la Comedia se ha verificado un concierto á beneficio de las provincias inundadas, organizado por los pianistas primeros premios del Conservatorio, D. Enrique Ravanaque y D. Vicente Mañas, y con la cooperacion de varios aficionados, entre ellos las señoritas de Mozoncillo y los señores Fernandez Ortiz y Mozun, la escritora seño-

rita Valmaseda, las artistas señoras Maffei, Perez Munilla, Rosell y García Cabrero, los poetas Zorrilla, Grilo y García Rodríguez, y los señores Sarmiento, Banquer, Tárraga, Dañas y Monge. El concierto fué muy largo, cada parte se componia de diez números; pero el público salió muy complacido de la brillantísima ejecución de todas las obras del programa, tributando merecidos aplausos á todos los artistas y aficionados cuyos nombres dejamos consignados.

\* \* \*

#### INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

Las clases superiores y especiales acordadas para el presente curso, y que ha de inaugurar á la mayor brevedad la *Institucion libre de enseñanza*, son las siguientes:

*Las matemáticas elementales segun Baltzer*, profesor, Sr. Lledó (D. José).

*Química general*, profesor, Sr. Vera (don Vicente).

*Modelos notables de la oratoria forense*, profesor, D. Enrique Ucelay.

*Legislacion notarial comparada*, profesor, don J. Gonzalo de las Casas.

*Historia y literatura de los pueblos*, profesor, D. José Leonard.

*Derecho internacional público*, profesor, don Rafael María de Labra.

*Historia del derecho de la propiedad*, profesor, D. Gumersindo de Azcárate.

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

*Ensayo sobre el derecho de gentes*, por Doña Concepcion Arenal, con una introduccion de D. Gumersindo de Azcárate. Un volumen en 4º de más de 300 páginas.—Madrid, 1879. Imp. de la *Revista de legislacion*.

Este nuevo libro constituye el IV tomo de la *Biblioteca juridica de autores españoles*, pero no se dirige exclusivamente á los letrados, que saben las leyes patrias y las extranjeras, para enseñarles algo que ignoran, sino tambien á las personas que con alguna cultura carecen de conocimientos respecto al derecho internacional, y pueden formar idea de él hallándole condensado en una obra poco voluminosa, cuyo plan es, en resumen, el siguiente: Dar idea de lo que es el Derecho

de Gentes positivo, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra; exponer lo esencial respecto á las relaciones mutuas de los pueblos, anunciando simplemente los puntos que no ofrezcan duda, y citando en cuanto á los dudosos la opinion de reputados autores; considerar el Derecho de Gentes en la historia, para saber si permanece estacionario ó ha progresado; ver lo que se ha hecho y se hace para definir el Derecho de Gentes, y realizarle; investigar por qué no progresa tan rápidamente como el nacional; apreciar la importancia de ciertas relaciones internacionales, y analizar las semejanzas y diferencias que hay entre el individuo y la nacion.

\* \* \*

*La filosofia científica*. Ciencia, arte y filosofia. Matemáticas, ciencias físicas y naturales, ciencias sociales, arte de la guerra, por H. Girard, capitán de ingenieros, profesor de la Escuela militar de Bruselas. Un volumen en 4º de más de 400 páginas.—Paris, librería de J. Baudry, editor. Bruselas, librería de C. Muquardt, editor.

El libro de cuya aparicion damos cuenta es una nueva obra del ilustrado publicista frances M. H. Girard, que si hasta ahora sólo era conocido en España por los que se dedican á estudios militares, y especialmente de fortificaciones, sobre cuya materia se ha adoptado de texto una de sus producciones en la Academia de ingenieros de Guadaluajara, estamos seguros de que no tardará en alcanzar un nombre respetable para cuantos siguen en nuestro país el curso de los altos estudios.

En la nueva obra del Sr. Girard, escrita en su idioma patrio, se tratan cuestiones muy diversas. La filosofia encuentra en ella opiniones nuevas sobre varios principios importantes, sin que por esto aparezca descuidada la ciencia pura. Las soluciones que el autor presenta en muchas cuestiones científicas fundamentales merecen una profunda crítica. Sin perjuicio de hacer en otra ocasion un detenido exámen de la obra, desde luego la consideramos digna de serio estudio, y como tal la recomendamos á nuestros lectores.